

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

---

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

DOROTEO FONSECA.

---

**TOMO IV. — NUMERO 7.**

---

## SUMARIO:

I Dedicatoria — II. En el cuarto Centenario, por Víctor M. Jerez — III. Ovación al Padre de América (La velada del doce) — IV. Discurso, por Rubén Rivera — V. A Colón (poesía), por Doroteo Fonseca — VI. A Cristóbal Colón (poesía), por Carlos A. Imendia — VII. Discurso, por F. Martínez Suárez — VIII. A Cristóbal Colón (poesía), por Francisco A. Gamboa — IX. A Cristóbal Colón (poesía), por Vicenta Laparra de la Cerda — X. A Critóbal Colón (poesía), por Napoleón F. Lara — XI. A Cristóbal Colón (poesía), por José María Gomar — XII. A Cristóbal Colón (canto épico), por Juan Fermín Aycinena — XIII. A Cristóbal Colón (poesía), por Josefa Carrasco — XIV. A Doña Isabel la Católica [poesía], por Juan Fermín Aycinena — XV. Miscelánea.

---

**Redacción y Administración: Calle de Franklin núm. 14.**



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE HIDALGO.

Octubre de 1892.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría.
1 <sup>er</sup> Vocal	"	Francisco Martínez Suárez,
2 <sup>o</sup>	"	Rafael E. Chaves.
Fiscal	"	Victor M. Jerez.
Tesorero	"	Adrián García.
1 <sup>er</sup> Secretario	"	Juan Gomar.
2 <sup>o</sup>	"	Doroteo Fonseca.

## SOCIO HONORARIO

Doctor Don Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D.	Fidel A. Novoa.	Dr. D.	Guadalupe Ramírez.
Br.	" Miguel Dueñas.	" "	Francisco Espinal.
" "	Fermín Bayona.	Br.	" Lisandro Blandón.
" "	Nicolás Leiva.	" "	Francisco Gutiérrez.
" "	José María Gomar.	" "	Juan Mena.

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Lic. D.	Manuel Diéguez.	Dr.	" Rubén Rivera.
Br.	" Salvador Flamenco.	" "	Abrahám Rivera.
" "	Adolfo Castro.	" "	Francisco A. Reyes.
" "	Baltasar Parada.	" "	Carlos A. Imendia.
Dr.	" Simeón Eduardo.	" "	Anselmo Valdés
" "	Carlos Dárdano.	" "	Ismael Cerna.
" "	Ramón P. Molina	" "	Juan J. Laínez.
" "	David A. Payés.	" "	Esteban C. Roque.
" "	Horacio Rómulo Jarquín.	" "	Carlos B. Calvo.
" "	Dèsirè Pector.	Br.	" Nazario Salaverría.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA :

Abraham Chavarria—Director,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO IV |

SAN SALVADOR, OCTUBRE DE 1892.

| NUM. 7.

A CRISTOBAL COLON,

EN EL CUARTO CENTENARIO

DEL GLORIOSO DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA,

CONSAGRA

“LA JUVENTUD SALVADOREÑA”

EL PRESENTE NÚMERO DE SU REVISTA,

EN TESTIMONIO

DE SU ADMIRACION Y GRATITUD.



## En el Cuarto Centenario.

Cantar los numerosos esfuerzos del espíritu humano, hacer cumplido elogio de los triunfos de la fe y de las victorias de la esperanza, fijar con todo acierto las consecuencias trascendentales de empresas que abren nuevas vías al comercio, que presentan campos más dilatados á la industria, medios más fecundos al pensamiento y notas más hermosas á la poesía, es trabajo reservado por su magnificencia á aquellos que tienen el poder de expresar el entusiasmo en las formas espléndidas del himno ó en los vuelos sublimes de la epopeya. Recordar en las efusiones del amor y en interminables trasportes de cariño, la abnegación y la constancia de los servidores de la humanidad, es tarea para la que tan solo basta obedecer á los nobles impulsos de generosos sentimientos é inspirarse en los más puros ideales del patriotismo.

En el glorioso centenario del descubrimiento, como en aquel hermoso día en que se presentaron á los ojos de los marinos europeos las rientes y tranquilas playas por tanto tiempo ansiadas, así también la exhuberante naturaleza americana, en este día de justos entusiasmos y de espontáneas alegrías, debiera en señal de gratitud vestir sus campos de trajes primaverales, coronar de blancas espumas las olas rumorosas de sus mares, iluminar las cimas altísimas de sus volcanes y ofrendar, junto con las dulces cadencias de sus bosques, las auras perfumadas de sus vergeles.

Las fiestas del centenario no tienen los perfiles sombríos que tienen los homenajes á lo que establece la violencia, ni nos traen á la memoria sangre hermana derramada en los campos de la patria.

ni ataques al derecho, ni trasgresiones de la ley, son fiestas de la cultura y del sentimiento en que se presentan á la consideración de las edades el heroísmo y el atrevimiento de una raza superior, el indomable empeño de un hombre esforzado cuya frente está ceñida con los laureles de la inmortalidad, y cuya memoria es glorificada por los votos ardientes de las almas.

Al antiguo Continente le faltaba la tierra americana, para aclimatar en este suelo privilegiado el árbol de la libertad, que nunca podía prosperar en aquellos puntos donde aun soplan fuertemente los vientos del despotismo; necesitaba de América para que sus hijos aprovecharan la vegetación prodigiosa de nuestros campos, las facilidades de trasportes de nuestros caudalosos ríos, los inagotables venenos de nuestras montañas y lo que es más, necesitaba mezclar la sangre generosa y los altos sentimientos de los hijos de Pelayo, con la indomable bravura y las nobles cualidades de los indios, para formar una raza llamada por sus merecimientos á la felicidad y destinada por su entereza á la vida de la república y del derecho.

Sorprendidos contemplan las edades y rebosando amor aplauden los corazones, aquella gloriosa peregrinación en demanda de auxilios, para dar en cambio el presente más rico que registra la Historia y que aun sueña la fantasía. Juntándose todos los aplausos tributados á tan magna empresa, aun no se obtiene la primera nota del canto inmortal que ella merece y reuniendo todos los elogios hechos al marino genovés, aun no se forma la primera estrofa del poema grandioso que consagrarán á Colón los siglos agradecidos.

Es en efecto muy digno de admirarse como se acometió el intento audaz del descubrimiento del

Nuevo Mundo y las circunstancias que en él influyeron, toca á las generaciones venideras ensalzarlas cual corresponde. La noble España, la hidalga patria del Cid, se encontraba aun lidiando con sus bríos nunca agotados por la restitución de su suelo, que en mala hora fué ocupado por las hordas aguerridas de la morisma; la lucha que se había empeñado era de suyo gloriosa, se trataba de la reconquista del derecho en la tierra de los progenitores, por donde solo debieran oírse las notas guerreras de los bronces de Castilla, formando contraste con los poéticos rumores del Darro y del Genil. El orgullo español no podría permitir que donde pasó el trotón de Ruy Díaz de Vivar se posara la planta del extranjero, y con su genial arrojo quitó el pendón de la media luna que flameara en las altas torres de la Alhambra, para colocar allí la enseña de Castilla y Aragón y los blancos estandartes de la fe.

Pensar en descubrimientos cuando se trataba de grandes batallas parecía irrisorio, y sin embargo lo que los estrechos criterios juzgaban como locura, el genio lo apreciaba en su magestad y grandeza. Hay una atracción en las inteligencias que se realiza de una manera necesaria, salvando las diferencias de tiempo y de lugar y haciendo concurrir á un solo é idéntico fin los distintos esfuerzos de las razas, cuyo recuerdo se conserva en las brillantes páginas de la Historia, á pesar de las graves reflexiones de la necesidad, de las mañosas habilidades de la envidia y de los triunfos horrorosos de la muerte.

Aquella secreta confianza en las aserciones del visionario, aquella fe en los ratiocinios de un loco, aquella nunca bien alabada comunidad de ideas entre la magnánima Reina de Castilla y el audaz navegante genovés dieron origen

á las célebres capitulaciones formadas en el campo de las batallas emprendidas, es decir, en la ciudad de Santa Fe de la Vega de Granada; dicho pacto que pareciera una locura proporcionó á España el mas rico florón de su corona, fué el maravilloso complemento del planeta y restituyó una gran porción del género humano á la vida de la religión y del progreso.

La esperanza de aquellas dos almas su compenetración misteriosa sacó un continente del seno de los mares, presentando al asombro de las naciones, desde el poderoso imperio de los Incas hasta las ondas del inmenso Amazonas.

Opera el descubrimiento del Nuevo Mundo una portentosa revolución en las viejas sociedades europeas, el espíritu de empresa se abre paso á través de las procelosas ondas, y una caudalosa corriente de inmigrantes y de elementos de cultura se establece entre ambos continentes.

Todo en América seduce y desde el joven ávido de lo nuevo y lleno de hermosas ilusiones, hasta el anciano que cede á la acción destructora del tiempo, todos sueñan en venir á esta tierra de promisión, país bendito, donde la Providencia acumulanra sus bondades, dejando en cada árbol una lira de suaves melodías, los aromas del oriente en las corolas de sus agraciadas flores, diademas de nácar en las crestas de los Andes, caprichos de la luz en sus bosques incomparables, mientras se refleja en el cristal de sus lagos el azul purísimo de su cielo.

Nada podía ambicionar el obrero que no encontrara en el mundo de Colón: tierras feraces que solo aguardaban la simiente, para devolverla, multiplicada prodigiosamente, arboledas inmensas que presentaban ricas variedades á la ebullientía, minas inagotables de fácil

acceso á un pequeño trabajo, climas deliciosos y propios para la propagación de las especies de otras latitudes.

Tales eran las condiciones ventajosas que encontraba la ambición de los europeos, y si á ello se juntan los tesoros de civilización, que presentaban estos pueblos al estudio de los sabios, se comprenderá como se reunieron ambas razas, trayéndonos la de los conquistadores su religión, sus costumbres y su lengua dulce y armoniosa.

América ha nacido también á la vida republicana y en toda su extensión, el astro del día ilumina los campos de los hombres regenerados por el trabajo y amparados por la ley; bajo los hermosos pabellones de su cielo no hay un solo esclavo y en nuestros dilatados valles, cunas de nuevas civilizaciones, tendrán su asiento poderosas ciudades llenas del culto de los recuerdos, con las ventajas del adelanto, con las sublimidades del arte; aquí se sustituirán los ecos de los crótalos y los símbolos de las bacantes griegas por las discusiones de los sabios y las creaciones de los poetas, no se buscarán las risueñas colinas del Helicón teniendo las cimas inexploradas de nuestras montañas. Por los milagros de la civilización aquí se fundirán las razas, se olvidará por completo la virtud fecundante de las aguas del sagrado Nilo, la renombrada actividad de la Fenicia, la encantadora hermosura de Alejandría para consagrar la humanidad á la marcha evolutiva de su progreso.

Hoy que se cumplen cuatrocientos años del glorioso descubrimiento, poderosos lazos de simpatía se extienden sobre las agitadas ondas del Atlántico, prediciendo la venturosa unión de la raza latina, siempre grande en las empresas de sus capitanes, en los sacrificios de sus

mártires, en las obras de sus artistas en las inspiraciones de sus vates.

La ingratitud que fué el pago dado á Colón, ha sido sustituida por las aclamaciones del entusiasmo y en su glorificación se ha levantado un monumento, cuyo pedestal es América con su literatura, sus leyes, sus hábitos de trabajo, su amor á la ciencia y sus homéricos combates por la libertad y donde se entonan las más dulces sinfonías, los cánticos más solemnes y los himnos más grandiosos.

VICTOR M. JEREZ.

San Salvador, octubre 12, 1892.



### Ovación al Padre de América.

LA VELADA DEL DOCE

Tal como la teníamos anunciada, y ante numerosísima y selecta concurrencia, el miércoles 12 de los corrientes tuvo lugar en el Coliseo de esta capital la VELADA LÍRICO-LITERARIA que en homenaje al insigne navegante Cristóbal Colón, y en celebración del IV centenario del descubrimiento de América, organizaron unidas la "ACADEMIA DE CIENCIAS Y BELLAS LETRAS" y la Sociedad científico-literaria "LA JUVENTUD SALAVDOREÑA."

Las distintas comisiones, para el efecto nombradas por parte de una y de otra Corporación, supieron inspirarse en la importancia de su cometido, y procuraron, en cuanto de su parte estuvo, que aquella o-

vación al Padre del Nuevo Mundo alcanzara toda la solemnidad y magnificencia posibles.

Desde las 7 p. m., una hora antes de la en que el acto debía inaugurarse, el Teatro—profusamente iluminado por eléctricos focos y engalanado con decoraciones alegóricas, alusivas al gran suceso en conmemoración,—se fué llenando, hasta más no contener, por damas y caballeros de lo más culto y distinguido de la sociedad salvadoreña.

A las 8 p. m. se alzó el telón, dejando ver en el fondo del escenario un magnífico retrato del gran Almirante, suspendido sobre el escudo de El Salvador, bajo la bandera de España y entre las de las cinco Repúblicas de Centro-América.

El acto se efectuó conforme al siguiente

“PROGRAMA

DE LA

VELADA

CON QUE

LA “ACADEMIA DE CIENCIAS Y BELLAS LETRAS”

Y LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA

“La Juventud Salvadoreña,”

CELEBRAN EL IV CENTENARIO

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

PRIMERA PARTE.

- 1 Obertura de la ópera *OBERÓN*. Weber.  
Ejecutada por la Banda de los Altos Poderes.
- 2 *DISCURSO DE APERTURA*, por Rubén Rivera.
- 3 Fantasía sobre la ópera *RIGOLETTO*. Leibach.  
Ejecutada por la señorita Enriqueta Bonilla.
- 4 A *CRISTÓBAL COLÓN*, poesía Por Doroteo Fonseca.
- 5 Fantasía sobre la ópera *EL TROVADOR*. Liszt.  
Ejecutada por el señor don Rafael Meanv.
- 6 A *CRISTÓBAL COLÓN*, poesía por Carlos A. Imendia.

- 7 Fantasía brillante sobre la ópera *DON PASCUAL*. Roselle.  
Ejecutada por la señorita María Prado.
- 8 *HOMENAJE A PAGANINI*... Vieuxtemps.  
Capricho para violín. con acompañamiento de piano, ejecutado por los señores don Rafael Olmedo y don Daniel Cruz.

SEGUNDA PARTE.

- 1 *MARCHA DE LAS ANTORCHAS*. Meyerbeer.  
Ejecutada por la Banda de la Brigada de Línea.
- 2 *DISCURSO* por Francisco Martínez Suárez.
- 3 *SONATA*, para piano y violín... Gade.  
Ejecutada por la señorita Sara Bouineau y el señor don H. Drews.
- 4 A *CRISTÓBAL COLÓN*, poesía por F. A. Gamboa.
- 5 *RAPSODIA HUNGARA*. Liszt.  
Ejecutada por la señorita Mérida Urrutia.
- 6 A *CRISTÓBAL COLÓN*, poesía de doña Vicenta Laparra de la Cerda, recitada por la señorita Hortensia Salazar.
- 7 Fantasía sobre motivos de la ópera *LA SONÁMBULA*, obligada á clarinete.—Ejecutada por el niño Emilio Ferrer.
- 8 *VALS DE CONCIERTO*. Alard.  
Ejecutado por los señores don Rafael Olmedo y don Daniel Cruz.

TERCERA PARTE.

- 1 Fantasía sobre la ópera *LA TRAVIATA*. Verdi.  
Ejecutada por la Banda de los Altos Poderes.
- 2 *DISCURSO*, por Abraham Chavarría.
- 3 *CAPRICHIO ESPAÑOL*. Moskowski.  
Ejecutado por la señorita Tránsito Sol.
- 4 A *COLÓN*, poesía por N. F. Lara.
- 5 *CUARTETO*. Weber.  
Ejecutado por los señores don Rafael Olmedo, don Daniel Cruz, don Fernando Cruz y don Flabio Pineda.
- 6 *HOMENAJE A COLÓN*, poesía por José María Gomar.
- 7 *EL COCOYÉ*. Gottschalk.  
Ejecutado por el señor don Rafael Meanv.
- 8 A *CRISTÓBAL COLÓN*, poesía por don Juan Fermín Aycinena, recitada por don Ramón Soler Maymó.
- 9 *EN MIS DELICIAS*, mazurka de concierto. Juan Gomar.  
Ejecutada por la Banda de la Brigada de Línea.”

La ejecución de la parte lírica, á cargo de artistas tan escogidos como los que figuran en el ante-

rior Programa, estuvo á la altura del magno asunto que con mágicas melodías contribuían á celebrar.

Las apreciables señoritas Enriqueta Bonilla, María Prado, Sara Bouineau, Mélida Urrutia y Tránsito Sol, respectivamente, acreditaron una vez más en el piano los brillantes talentos artísticos que las adornan, y arrancaron al público, que extasiado las escuchaba, los más unánimes, estruendosos y repetidos aplausos. ¡Vayan los parabienes de "La Juventud Salvadoreña," á los pies de las distinguidas artistas señoritas Sol, Urrutia, Bouineau, Prado y Bonilla!

Cabe aquí mencionar también la dulce, cadenciosa y adecuada voz con que la señorita Hortensia Salazar recitó la composición de la renombrada poetisa guatemalteca doña Vicenta Laparra de la Cerda; recitación aplaudida con no menos entusiasmo que las ejecuciones musicales á que acabamos de referirnos.

Los caballeros don Rafael Olmedo, don H. Drews, don Rafael Meaney, don Daniel y don Fernando Cruz, y don Flavio Pineda, correspondieron, en la parte lírica también, á todo lo mucho que de su justa fama tenía derecho á esperar la concurrencia. Y ¿qué diremos aquí del simpático niño Emilio Ferrer? ¡Que se lució admirablemente y que está llamado á ser un gran artista!

Damos por terminadas estas breves referencias á la parte lírica, aplaudiendo lo bien que las dos Bandas de esta capital ejecutaron las piezas que les correspondían en el Programa.

Por lo que hace á la parte literaria, no es á nosotros, sino al público, á quien corresponde juzgar de ella, y, por tanto, nos limitamos á publicar á continuación todas

las producciones recitadas, en el mismo orden en que las anunciara el Programa.

## DISCURSO DE APERTURA.

Señoras,

Señoritas y

Caballeros:

Con gratitud y con temor he aceptado el honor de abrir la velada con mi modesta palabra, recorrida y desprovista de armonía y escasa de ideas hermosas y brillantes. El alto objeto de ella, por el recuerdo grandioso que la motiva, — está muy por encima de mis alcances intelectuales, y la presencia de una sociedad tan culta y pensadora me llena de turbación y me hace desconfiar más de mis fuerzas. Vosotros me escucharéis con benevolencia y hallaréis en mis palabras solamente lo que hay aquí en el fondo del corazón: nada en el lujo de la frase ni de novedad en el concepto; sólo el lujo de la gratitud, de la veneración y el amor:

La visión había herido las pupilas del genio.

Ya la tierra no era una planicie cuyos límites se unían en el horizonte con la base de esa concavidad azul, que era mansión de los dioses y de los espíritus que se evaporaban de los cuerpos para habitar con las estrellas que palpitan como ojos de vírgenes pensativas y amantes.

La ciencia ya había reconocido la redondez de la tierra. La idea se había purificado en el martirio; pero la habían perseguido la burla y el desprecio de las multitudes inconscientes. Sólo se agitaba en los cerebros visionarios y rebeldes.

Europa se divertía y se asesinaba. La libertad que se había alojado en Grecia, en Gاليا y en Roma, en los buenos tiempos de la República, andaba por ahí, escondiendo la hermosa faz y perseguida por los tiranos y por los tiranizados: la Diosa soñaba con el país de la redención.....

¿Dónde estaba la tierra prometida de la libertad?

El mundo conocido estaba degenerado, carcomido por el absolutismo: en África y en Asia no animaba la libertad los ojos de las odaliscas ni de los esclavos abyectos que se postraban á los pies de sus señores déspotas: de Roma había huido: en todas partes se conspiraba contra la proscrita bendecida en el Escorial y en el Vaticano.

Más acá de las columnas de Hércules estaba el misterio.

El mundo todo vegetaba en las tinieblas de una noche interminable; y para matar su tiempo, reía, bailaba y se embriagaba, sin preocuparse de su destino y mucho menos de la razón del equilibrio del globo en que vivía. Algunos insensatos, metidos allá en sus pobres estudios, confundidos entre la multitud, peregrinos soñadores, vagos para los poderosos y para los miserables, pensaban é investi-

gaban; pero sus pensamientos los absorbían los muros de alguna prisión y sus palabras se extinguían en el vacío que en derredor les formaba la indiferencia pública.

Insensatos! locos!

El océano encerraba el misterio. La Atlántida era otro mundo; pero otro mundo mejor. Risueña y gallarda como una virgen de catorce años, lleno el semblante de amoroso candor, la bella desconocida se bañaba en las aguas de dos mares inmensos; se adornaba con perlas y con palmas, y las brisas, al mover los ramajes, derramaban la esencia de las resinas y las flores. La voluptuosa América, adormecida y tranquila, no soñaba que de entre las olas bravas surgiría Quezalcoatl trayéndole el divino manjar del Olimpo. Confiada é indolente, se entregaba en brazos del Amor y sólo tenía visiones de placer.

Había un loco, un oscuro marino, dado á las historias fantásticas, que se preocupaba de la Ondina que debía habitar más acá del Océano. Este loco, tal vez poeta, soñaba, soñaba como un amante sueña con la caricia de su adorada. Y el mundo sabio y poderoso le juzgaba poco menos un imbécil. El hombre aquel, terco y meditador, iba de trono en trono, mendigando un favor para lanzarse en el océano en busca de su amada. Y por todas partes cosechaba desengaños. Aquella ondina solo

existía en su cerebro exaltado y débil ¿qué había de existir en medio de la turbulencia de las olas bramadoras? Era digno de lástima, y los sabios tenían compasión de él.

Pero un día, una buena señora encopetada que mandaba en Castilla, tuvo la paciencia de escuchar al hombre de los sueños, y, como él, perdió el juicio, creyendo en las historias de hadas y de palacios encantados, de islas misteriosas, de países siempre verdes. La noble dama era muy seria, pero cayó en la aberración; quizá estaría también loca. Sus contemporáneas de los demás tronos de Europa deben haberse reído de su candor.

Y el marino impertinente se metió en tres carabelas desvenecijadas, con unos cuantos desesperados, y como sincero enamorado, se arrojó al abismo cuyas fauces inmensas lo iban á devorar, sin pensar en las delicias de aquella tierra que abandonaba talvez para siempre.

Adiós el hogar tibio y alegre! Adiós las caricias de la esposa amada y los balbuceos del hijo adorado! Adiós las delicias infinitas de la familia abandonada!

Y se echó en brazos de la tempestad, arrebatado por aquella idea que estalla golpeando su cerebro.

El loco se lanzó en el océano para luchar con las olas encrespadas y bravas, que hacían crujir las pobres naves, á luchar con las pasiones exaltadas de una tripulación ignorante, de-

sesperada é incrédula, con los diarios desengaños que alejaban cada día la ilusión del país de los sueños. Pero en aquella naturaleza fuerte, templada en la demanda, infatigable y luchadora, no penetraba el desaliento. Me parece ver al marino sublime perdido en la soledad interminable de las aguas agitadas; en aquella lucha gigantesca superior á las fuerzas humanas; puesto á merced de embarcaciones flojas que zozobraban al embate de las olas, luchando con los vientos y con las cataratas del cielo; yendo adelante para volver atrás; sobreponiéndose á la desconfianza y á la envidia; dominando la tempestad terrible de las pasiones que se desencadenaron en aquellos espíritus sin fe, librando su vida del puñal asesino durante sesenta días; imponiendo por su voluntad férrea y su corazón de niño y arrastrándolo por fuerza hacia el triunfo con la potencia vencedora de su genio indomable. Y él, casi solo, en perenne vigilia, devorando el espacio infinito, soportando dentro del cráneo la tremenda tempestad de ideas, de anhelos, de cálculos, de esperanzas y de convicciones que hacía derramar por sus ojos las claridades de aquella visión.

Y el genio triunfó, como triunfan los valientes, como triunfan los que llevan la luz en el cerebro, como triunfan los buenos, como triunfan los que tienen fe en sí mismos y en los altos destinos de la humanidad. El peregrino despreciado había

despejado la incógnita, lanzándose en el infinito desconocido y tempestuoso. El peregrino se hizo Cristo, porque trajo al Continente nuevo los rayos de una civilización que ya degeneraba para que tomase nueva savia en las razas inocentes de América, llenas de corazón y de sensibilidad: puso la señal del Evangelio sobre los templos donde irradiaba el Dios Sol y aspiraban el olor de la sangre de las vírgenes los ídolos de la mitología indígena. Detrás del nuevo Cristo se precipitó la humanidad en busca de los tesoros de la tierra, trayendo los tesoros del espíritu para derramarlos en terreno fecundo. La libertad huyó de los rincones del Viejo Mundo y vino á buscar asilo en las llanuras americanas, sobre los Andes y junto al Chimborazo, y en las islas gallardas cuya alegría cantan los pájaros canoros: vino la noble repudiada al favor de la religión reinante para triunfar y florecer, para reinar ella más tarde sobre los altares y sobre las conciencias. El genio de Colón creó un mundo nuevo, un mundo hecho para la República y para la felicidad; engendró instituciones redentoras, redimió almas y principios, practicó ejemplos é hizo figuras sobrehumanas: engendró á Washington y á Hidalgo, á Bolívar y á Sucre; inculcó la ciencia de Morse y de Franklin y encarnó en el corazón de las nuevas razas el sentimiento de la fraternidad: trajo á la tierra prometida la expatriada del cielo, y

en este país de bendición ha florecido ya en el Norte como una planta sagrada, y están en el Sur germinando sus semillas para crecer más tarde quizá más lozana y más robusta y para asombrar al mundo con sus triunfos é iluminar con sus claridades las tinieblas en que se mueven los hijos de Sem y de Can, de aquel lado del Pacífico.

El loco llegó al país de la Gloria sobre tres navecillas que iban á ser devoradas por las fauces insaciables del océano.

Colón es el nuevo redentor que se ha reproducido en Bolívar y seguirá reproduciéndose mientras dure la vida de la humanidad. Por eso la fiesta del centenario no es solo fiesta de los americanos; por eso ha tronado en este día de gloria el grito de las multitudes embriagadas y el canto de las vírgenes agradecidas; por eso los Andes han iluminado sus cimas; por eso todos se agrupan en derredor de los altares del Dios de América y le llevan sus ofrendas de amor y veneración.

El hosanna inmenso que se eleva hasta el cielo es la alegría de un gran pueblo que nació ayer, hace apenas 400 años, en la mañana del doce de octubre, allá en las playas pintorescas de la isla de San Salvador.

Nosotros también hemos saludado esta aurora gloriosa, y venimos á confundir nuestro canto con el canto de los pueblos hermanos. Cada uno hará vibrar su instrumento, pondrá su más dulce armonía: el poeta pulsará la lira de las notas apo-

líneas; la música de las cuerdas llenará en ondas los ámbitos del salón, y el canto amoroso y tierno de las vírgenes irá á estremecer las fibras misteriosas del sentimiento. En cada cerebro hay ahora una idea de justicia y en cada corazón se levanta un altar á la memoria del genio que llena con su figura luminosa la historia de la humanidad.

Y en medio de nuestro entusiasmo, confundida con los cantos profanos y con las plegarias de todos los pueblos, nos parece oír aquella palabra mágica que significaba redención y que después de tantos días de batalla gigantesca, hizo dilatar las pupilas del descubridor fijas en el horizonte lleno de palmas; nos parece oír á la misma tripulación que poco antes había intentado echar á Colón en las aguas, gritando: ¡tierra! arrebatada por la admiración y en loco frenesí.

Y luego creemos ver al hombre inmortal, al sabio triunfador, al genio de los genios, en medio de las armonías magestuosas del *Te Deum*, vestido de gala, con las banderas de Castilla flotando en el viento, con el nimbo de la gloria sobre su frente, poniendo él primero sus plantas en la tierra de América, dando así el abrazo de amor á su virgen adorada, inaugurando para el género humano una era de libertad y formando una familia que debiera ser toda de Colones, por la abnegación, por la fe, por la constancia y el valor.

Fué un momento solemne:  
La idea de Cristo proclamada  
en el Calvario acababa de llegar  
á su templo; y en él ha brillado  
como el sol.

Salve, padre de América!  
Salve, hija de Colón!

RUBEN RIVERA.

## A COLÓN.

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Largos siglos América tenía  
de yacer ignorada é ignorante  
del antiguo hemisferio,  
cuando en glorioso día  
un Genio-Navegante  
de su existencia reveló el misterio.

Nauta también del mar del pensamiento,  
el gran Colón, tras meditar profundo,  
por vez primera anuncia al Viejo Mundo  
de un mundo nuevo el virginal portento

Atónita la Europa, no comprende  
cómo aquel hombre en afirmar se aferra  
la inaudita existencia de una tierra  
que ella, en su miopía, no trasciende  
Reyes, sabios, magnates y pequeños  
júzganle un insensato visionario,  
que convertir en realidad pretende  
el menos verosímil de los sueños  
y el propósito más estrafalario.  
Vanos son los empeños  
de Colón, por mostrarles la certeza  
del mundo que les lleva en la cabeza;  
mundo al cual corresponde  
otro mundo real cuya grandeza  
tras un inmenso océano se esconde.  
Los sabios..... no recuerdan  
haber dado jamás en sus lecturas  
con nueva semejante;

ni con su propio parecer concuerdan  
 las que creen absurdas conjeturas  
 de un espíritu audaz ó delirante.  
 Su juicio, pusilánime, no avanza  
 á donde el ojo de aquel Genio alcanza...  
 Declaran imposible

lo que, á despecho de su orgullo necio,  
 sólo les fuera ignoto ó inaccesible;  
 y obstinándose en ver con más desprecio  
 lo que menos entienden, el oído  
 cierran á las razones de aquel hombre  
 que—sabio ó necio, loco ó atrevido—  
 puede acaso afectarles el renombre  
 por su presunta ciencia conseguido.....

Dos hombres, solamente,  
 de alto saber y penetrante juicio,  
 que en silencioso, pobre monasterio,  
 se dan humildemente  
 de la santa piedad al ejercicio—  
 abren las puertas de su gran criterio  
 á las razones que Colón aduce,  
 y no juzgan absurda la existencia  
 de la tierra gentil porque suspira  
 y que, á través de un mar desconocido,  
 en sus profundos éxtasis trasluce.

Por vez primera, de placer respira  
 al verse comprendido  
 de dos mortales cuya enhorabuena  
 con efusión recibe anticipada:  
 siente un consuelo en su infinita pena  
 y la esperanza anima á su mirada  
 viendo así alimentada  
 la constante ilusión que le enajena.  
 ¡Bien eterno hayan Pérez y Marchena!

Del favor de los reyes en demanda  
 para llevar á cabo sus empeños  
 por disputar al tenebroso Atlante  
 el encantado mundo de sus sueños—  
 cual pordiosero mísero, anda, y anda  
 cuanto más desairado más constante,  
 de nación en nación, de corte en corte.  
 ¡Magnánima indigencia  
 que tanto más le agranda  
 cuánto que lleva el bien común por norte  
 y por oculta ley, la Providencia!

Superior, cada vez, á la desgracia  
 que doquier implacable le persigue,  
 ni de los reyes la actitud rehacia  
 ni de los pueblos la irrisión insulsa,  
 logran que se amortigüe  
 en su espíritu inmenso, la ardentía  
 del levantado anhelo que le impulsa,  
 de la luz misteriosa que le guía:  
 antes fiel al benéfico destino  
 que la alma Providencia le confía,  
 ningún mortal, ninguno,  
 ya insensato le llame, ya importuno,  
 apartarle podrá de su camino.....!

No siempre tan sabidos  
 los poderosos son, cuanto engréidos;  
 y de entre aquellos reyes, nadie sabe  
 atender á los ruegos repetidos  
 de aquel nauta errabundo  
 que les pide una nave  
 para darles en cambio.. ¡todo un mundo!  
 Siempre obstinándose en creerle loco,  
 no les dicta su altiva ligereza  
 otra respuesta que tener en poco  
 al humilde piloto que imagina  
 su apoyo merecer para una empresa  
 no menos colosal que peregrina.....

Sólo el alma sublime  
 de Isabel—la piadosa soberana  
 que con el brillo de su nombre imprime  
 eterno brillo á la Corona hispana—  
 sólo ella, sí, compenetrarse logra  
 de la titánica y benéfica obra  
 que, por secreta inspiración de lo alto  
 y para gloria del Poder divino,  
 intenta aquel marino,  
 rico de fe, si de recursos falto.

Secundando del Genio la alta idea,  
 su alto apoyo le ofrece decidida;  
 aunque para ello necesario sea  
 empeñar aun la joya más querida.  
 Cúmplelo así aquella mujer magnánima  
 y de su Dios y de su patria en nombre,  
 al nauta explorador da los auxilios  
 que tantas veces le negara el hombre...!

¡Con qué íntimo alborozo, Colón besa

aquella mano generosa y pía  
de que se vale el cielo  
para ayudarle en su abnegada empresa!  
Y ¡cuál!, ardiendo en infinito anhelo,  
su vista, desde Palos, espacia  
sobre el undoso, espumante velo  
que, receloso ya de su osadía,  
amenazándole envolver..... se expande  
y se contrae, con feroz porfía!

Muy grande el peligro es....; pero es más grande  
el Dios en quien confía!  
y á Él levanta su férvida plegaria  
demandándole acierto y energía  
para vencer la furia aterradora  
y traspasar la inmensidad sombría  
de aquella mar confusa y solitaria,  
y llevar su Doctrina redentora—  
abriendo así al Progreso nueva vía—  
al mundo ignoto que á buscar se lanza  
en alas de su fe y de su esperanza.

Miradle cómo viene!: tremolando  
la católica enseña de Castilla,  
desde la endeble popa,  
su "adios" repite con acento blando  
á su querida Europa.  
En tanto que su mísera flotilla,  
mil alardes haciendo de destreza,  
avanza con denuedo  
y se interna en un mar cuya fiereza  
solo un Colón puede arrostrar sin miedo!

.....

Y pasa un mes... y pasa dos... haciendo  
cada vez más prodigios de heroísmo  
para triunfar de la ira redoblada  
de aquel celoso é inexcrutado abismo  
que—su paso titánico sintiendo  
sin poderlo impedir—rudo se agita,  
le increpa con estruendo  
y, por cada nueva hora, le suscita  
un nuevo azar, un nuevo cataclismo....

Y pasa un mes... y pasan dos... y nada  
de la tierra soñada  
preséntase á sus ojos,  
por más que hacia doquiera  
tiende en pos de ella la ávida mirada.  
Ya la tripulación, que desespera,

no atiende á la maniobra sin enojos;  
y creyendo, por fin, de una quimera  
víctima ser... decepcionada, triste,  
á continuar bogando se resiste  
y pide al impertérito Almirante  
que haga volver la proa hacia Levante.

Mas...hé aquí que cuando más se aferra  
en exigir la vuelta al patrio suelo,  
suena el grito feliz de "¡Tierra! ¡tierra!!"  
¿Quién le ha dado? Rodrigo de Triana  
que vé y denuncia ya—¡gracias al cielo!—  
la suspirada y bella tierra indiana.

Sí: la tierra fecunda y habitada,  
por Colón, á la Europa prometida!:  
¡la Virgen de Occidente, que, velada  
tras un cendal de misteriosas brumas  
por vez primera vese sorprendida  
sobre su lecho de coral y espumas!:  
¡la Atlántida hechicera! que, sedienta  
de nueva luz y vida,  
se alza al saludo redentor del Genio  
que triunfante y gozoso, la presenta  
de la vida social en el proscenio!

\* \* \*

¡Salve, Genio del mar, salve profundo  
nauta del pensamiento,  
que, colmando tu empeño sin segundo,  
mostrar supiste á todo el Viejo Mundo  
de un Mundo Nuevo el virginal portento!

DOROTEO FONSECA.

San Salvador: 12 de octubre de 1892

A CRISTOBAL COLON

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

¿Quién eres tú, oscuro navegante,  
De inteligencia audaz, de alma sencilla,  
Que confiado, arrogante,  
Te lanzaste en el mar hacia el ocaso,  
Y de pie en la proa de tu quilla,  
Con acento divino,  
A las olas dijiste: abridme paso!  
Y marcaste al progreso otro camino?

¿Quién eres tú, mortal afortunado,  
Que imitando al Creador, oír dejaste,  
Enmedio de las aguas que surcaste,  
El *fat* misterioso del pasado;  
Y al perderse tu voz, de lo profundo  
Del piélago surgió, bello sonriente,  
Cual lo habías soñado,  
El edén de tu amor, el continente  
Que dió savia y poder al viejo mundo?

¿Quién eres tú, extraño mendicante,  
Que la limosna devolver pudiste,  
Arrojando á los piés de quien el oro  
Te dió para tu empresa de gigante,  
Un inmenso tesoro  
Que á la Europa llevó sólo ventura,  
Y que intentar medir fuera locura?

¿Quién eres tú que un día,  
Confundiendo á los grandes y á los sabios  
Borraste el *hasta aquí* de la ignorancia,  
Y probando ser real tu profecía  
Al *más allá* triunfante de tus labios  
Los andinos volcanes respondieron,  
Y hechas pedazos por la mar bravía,  
Las columnas de Hércules cayeron?

Ah! sin duda Dios, que quiso tu existencia  
Consagrar á hechos grandes,  
Te formó de otra esencia  
Extraña á la mortal de los humanos,  
É imponentes cual tú, creó los Andes,  
Eterno pedestal para tu gloria;  
Mandó con caracteres soberanos,  
En página especial, fijar tu nombre  
En el inmenso libro de la Historia;  
Y queriendo que siempre á tu memoria,  
Su homenaje cordial rindiera el hombre,  
Hizo brotar pujante el Amazonas,  
Que da vida á las flores  
Que forman este día tus coronas!

Y tales dones merecías. Viste  
Que la obra de Jesús no era completa,  
Y necio y temerario acometiste  
La empresa insuperable  
De ampliar la superficie del planeta.  
Y la victoria fué! La virgen ignorada,  
Que por siglos de siglos entre brumas  
Oculta estuvo, bella enamorada  
A tí se presentó: tenues espumas  
De dos extensos mares  
Sus pies desnudos á besar llegaban;  
Sombra y frescor en el ardiente día

Los toldos de sus bosques de palmares,  
Solcitos le daban,  
Así como las aves su armonía,  
Las cataratas su estruendoso ruido,  
Y su eco y rumor la selva indiana;  
Conjunto confundido  
De notas que formaban, incesantes,  
La música salvaje americana:  
A la virgen hallaste tú sonriente,  
Y al pasar tu sorpresa y tu embeleso,  
Imprimiste, cual padre, en su alba frente,  
En prenda de cariño, un casto beso.

Y la victoria fué! Se realizó tu sueño,  
Y nuevo redentor de nueva tierra,  
Llevaste al corazón del desgraciado,  
Con admirable empeño,  
La enseñanza sublime que se encierra  
En la fe que nos dió el Crucificado.  
Artífice atrevido, sin segundo,  
Sobre los continentes colocaste  
Un gran puente de luz, y así lograste  
De dos mundos formar un solo mundo;  
Y dijiste al Progreso entonces: pásala!  
Y por el puente circuló el Progreso  
Que vino á levantar el rudo peso  
De la funesta noche de esta raza!

¡Cuánto, Colón, la humanidad te debe!  
Tú á la Ciencia le diste nuevas alas  
Para explorar regiones  
Que jamás en su vuelo torpe y breve,  
Siquiera imaginó. Bellas creaciones  
De indescriptibles galas  
Tuvo el Arte también, y desde entonces,  
Tributándose honor á los talentos,  
Como nunca los mármoles y broncees  
Se vieron arrancados  
Para servir de altivos monumentos.  
Por tí la sangre que en indigna ofrenda,  
Ante el ídolo humeaba como prenda  
De ciega adoración, se ha convertido  
En incienso fugaz, cuyos olores,  
Mezclados al aroma de las flores,  
Son prueba de alta fe; y desprendido  
Ese inmenso conjunto de infelices  
De su místico error, por tí buscaron  
Al Sér supremo, y á tu dulce influencia,  
Su poder comprendieron y le amaron  
Como al único autor de la existencia.  
Por tí la inspiración pudo ataviarse  
Con la brillante idea  
Que le ofreció este suelo incomparable,

Y que á todos recrea  
 Y al bardo le trasporta y maravilla;  
 Tú el bárbaro coraje  
 A domeñar llegaste con dulzura,  
 Y sustituiste el grito del salvaje  
 Por la lengua armoniosa de Castilla!  
 Y cuál la recompensa, cuál el fruto  
 De esa hazaña grandiosa  
 Que no ha tenido ni tendrá un Homero  
 Que pueda describirla? ¿Qué tributo,  
 De gratitud ó admiración siquiera  
 Te rindió entonces la nación dichosa  
 Que fué por tí, de todas, la primera?  
 Nunca el halago  
 De un miserable pago  
 Es móvil de una acción que inspira el cielo  
 En una alma para el bien nacida,  
 Y que hace el sacrificio de la vida,  
 Con tal de que se logre  
 El magnífico impulso de su anhelo.  
 Así Colón, cuando á tu heroica empresa  
 Con tanta abnegación te encaminaste,  
 No abrigaba tu pecho la esperanza  
 De una suerte mejor, y ni soñaste  
 Con el justo laurel de la alabanza.

Quizá más bien sabías  
 Que contra tí, en el Trono,  
 Valiéndose de bajas arterías,  
 En tu daño, el recelo ó el encono  
 Había de nacer como un engendro  
 De la horrorosa envidia,  
 Que opone siempre á los arranques nobles  
 Las armas criminales de su insidia.  
 Y fué así por tu bien: cuando miraron  
 Los torpes ambiciosos tu locura  
 Tornada en realidad, juntos gritaron  
 En destemplado coro;  
 Y vertiendo en tu pecho la amargura,  
 Aumentaron tus penas,  
 Hasta verte cargado de cadenas  
 Donde otros llevaban cargas de oro!  
 Y así fué por tu bien, pues tu obra insigne,  
 Que por doquiera esplendorosa brilla,  
 Sin tanta decepción, brillara menos:  
 Que siempre es necesario un Bobadilla  
 Para realzar la gloria de los buenos!

No importa que esta tierra que creaste  
 Lleve un nombre bastardo  
 En lugar de tu nombre esclarecido,  
 Ni tampoco que el hombre, siempre tardo  
 En conceder justicia, agradecido,

No haya levantado un monumento  
 Digno de tí. No importa que así sea!  
 Nada falta á tu gloria que en el triunfo  
 De tu acción gigantea  
 Hallaste el mejor premio á tus afanes.  
 Hoy tu nombre bendito,  
 Que á tus hijos de América conmueve,  
 Y que llevamos en el alma escrito,  
 Lo repiten gozosos los volcanes:  
 ¿Qué importa que esta tierra no lo lleve?  
 ¿Qué monumento más eterno y grande  
 Que el coloso granítico del Ande?  
 ¿Pudo algún día el hombre  
 Superar á Dios mismo,  
 Honrando de otro modo tu renombre?

Sólo un presente recibir podrías  
 En tu grandeza complacido acaso,  
 Del pueblo ilustre de la raza ibera.  
 ¿Sabes cuál es? El fraternal abrazo,  
 Bajo una sola espléndida bandera  
 De azul y blanco, que su sombra diera  
 A una perpetua paz, ideal sagrado  
 Que á América traería  
 El invencible y eternal reinado  
 De la santa justicia y del derecho,  
 Que dan honor, progreso, autonomía!  
 Entonces los que ahora desunidos  
 Por odio de partidos  
 O por error de inveterada saña,  
 Enviaremos al cabo, confundidos,  
 Un saludo filial á nuestra España!

¡Quiera el cielo que en día no lejano,  
 En tu honor, oh Cristóbal! la quimérica  
 Pero noble ambición acariciada,  
 Sin un pueblo adversario,  
 Se celebre en el otro centenario  
 Con la hispana república de América!

CARLOS A. IMENDIA.

San Salvador, octubre, 12 de 1892.

## DISCURSO.

SEÑORAS:

SEÑORITAS:

SEÑORES:

En el día más grande de América,  
 las sociedades todas se u-

nen en un solo sentimiento, para tributar su admiración y gratitud al personaje eminente de la Historia humana: á Cristóbal Colón, padre del Nuevo Mundo.

Después de la gran tragedia del Calvario, según la magnífica expresión de Juan Guillermo Draper, jamás han contemplado los siglos un hecho más trascendental y de mayor significación que el descubrimiento del continente americano.

La Europa, regida por instituciones contrarias á la naturaleza, fundadas en los antiguos principios de Aristóteles, que establecían como dogma del Derecho Público la superioridad de ciertas clases sociales, era impotente para llevar á efecto la transformación que más tarde debía operarse en el seno de los pueblos.

Aparece el Coloso de los mares, el Genio inmortal de los descubrimientos, y á pesar de las sombras que cubrían, como inmensa cauda, al mundo conocido; á pesar de las erróneas doctrinas que los sabios de entonces profesaban en casi todos los ramos del saber, Cristóbal Colón, que había soñado la existencia de tierras ignoradas, va á ofrecer á los Soberanos de las naciones aquel portento inapreciable; pero como ha sucedido siempre que se trata de algo extraordinario, de algo que va á traer bienes sin cuento al género humano, y que la vulgaridad de las gentes y de los que se consideran directores del progreso universal no alcanzan á

comprender, el pensamiento del audaz marino fué rechazado por conceptuarlo contrario á la razón natural y á las últimas afirmaciones de la ciencia.

Pero las profecías de los poetas de la antigüedad debían cumplirse, y *Colón había sido el escogido por Dios para realizar el gran designio.*

Un Fraile esclarecido, Juan Pérez, conduce al navegante á presencia de la vencedora de Granada, Isabel la Católica. Van á implorar de la ilustre Reina la protección que se necesita para llevar á cabo la colosal empresa. La noble mujer los comprende ¿y como no! si la mujer, toda sentimiento y toda corazón, se entusiasma por lo grande, se apasiona del sufrimiento y no sé que inspiración la impulsa hasta el sacrificio por las acciones generosas.

Por eso vemos que en todos los hechos extraordinarios y grandiosos, que registran los anales de la humanidad, aparece una mujer como la aureola resplandeciente del progreso.

¿Quién fué la causa de la liberación del pueblo de Israel? Termutis se nos presenta como la salvadora, y sobre la magnánima mujer se refleja la claridad esplendorosa del Sinaí.

Innumerables acciones heroicas, de que nos muestran brillantes ejemplos Grecia y Roma, son debidas, sin duda alguna, á la grandeza de alma de sus mujeres.

El patriotismo y la libertad han tenido sus heroínas. Juana de Arco y Policarpa Sala-

varrieta son dos luminares que resplandecen en el cielo de la Historia.

Jesús, desde la cima de la montaña más elevada de la tierra, arroja lampos de luz sobre todas las conciencias; y María, la mujer excelsa y admirable, se encuentra al pie de la Cruz. La madre del Salvador acompaña la proclamación de los derechos del hombre, en el acontecimiento más notable de todos los tiempos.

La Reina de Castilla, orgullo de su sexo y gloria de la especie humana, da sus joyas al inmortal viajero, que le devolverá un mundo, y Colón se encamina por mares no transitados hasta entonces, con la confianza que le presta la convicción de su providencial destino. Las olas tempestuosas del océano no le arredran. La inmensidad de lo desconocido le alienta, porque con la mirada del genio ha visto la América de sus delirios, la tierra bendita de la libertad; y después de inauditas penalidades, se hace oír la voz retumbante del cañón, que estremece las amargas ondas. De una de las carabelas, que forman la tripulación, sale el grito inefable de *tierra!* "Grande fué el entusiasmo de todas aquellas gentes, inmensa la alegría, indecible la admiración que les causaba la tierra á que se iban aproximando." Era el primer saludo que la Europa dirigía á las vírgenes selvas del Nuevo Mundo.

El Universo se ha completado; y el 12 de octubre de 1492

se abrieron nuevos horizontes para la humanidad, y nuevos derroteros para la democracia y las instituciones libres.

Inmensurables son los beneficios que la civilización reportó con el aparecimiento de la tierra americana, verdadera patria de todos los hombres y augusto santuario de todos los derechos.

Se acabaron los privilegios y las grandezas artificiales, que habían establecido la soberbia y la ignorancia, porque en este continente no habrá más nobleza que la que prestan el talento y la virtud, ni más distinción, que la que da el trabajo y la hidalguía. Washington, ciudadano humilde, será libertador, y Benito Juárez, el indio sublime, la personificación conspicua del patriotismo y de la libertad de los pueblos.

Extremecéos apóstoles del pasado, que el triunfo de vuestra causa es imposible, porque dos inmensos mares entonan los himnos del progreso, y los altísimos volcanes de los Andes, y las cascadas de sus caudalosos ríos, y el susurro inmensurable de sus bosques, en unísono concierto, saludan el despertar de un mundo, el renacimiento de la humanidad

Razón pues, señores, y razón no escasa, tienen los países del planeta para conmemorar con fiestas magníficas el gran centenario, la fecha memorable y gloriosísima en que llegó el insigne Almirante á las playas hospitalarias de América.

Y gloria de Italia es la que se

celebra, puesto que bajo su hermoso cielo nació el Grande Hombre.

Y gloria también es de España, porque sus caballerosos é intrépidos hijos lo acompañaron en la atrevida empresa; y españolas fueron las primeras embarcaciones que trajeron la civilización al continente americano.

Nuestro regocijo debe extenderse hasta el delirio; y al evocar el nombre de Colón, nuestros aplausos llegan á la histórica Iberia, nuestra madre querida, trayendo á la mente sus grandezas y sus glorias, sus altas acciones y sus triunfos, obtenidos en la incesante marcha del progreso; y la patria de Cincinato y de Toscanelli, de Virgilio y del Tasso, de Rafael y Miguel Angel, entusiasmada, recibe así mismo en este día las ovaciones del mundo del porvenir, el *hosanna* perdurable que merece la tierra privilegiada de Génova.

Con el descubrimiento del mundo de Colón, recibió la creatura racional extensísimos espacios para dar vuelo á su inteligencia, y para desenvolver con más amplitud su actividad en todas sus manifestaciones. Las ciencias encontraron aquí fertilidad para su desarrollo, y tuvieron talentos de primer orden, que han sabido cultivar con ventaja indisputable.

El hijo de Boston huella el despotismo de los Césares y doma de las nubes las iras formidables. El sabio Caldas descubre los secretos de la naturaleza; y Edison, el Júpiter de los

tiempos modernos, domina á su antojo la electricidad y realiza milagros, que causan asombro aún en este siglo de los portentos. Fulton lleva á Europa un gran descubrimiento, la fuerza del vapor aplicada á la navegación, y el Mundo Antiguo no cree en aquel prodigio, como que el Mundo Nuevo le supera ya en inventos admirables.

Sus invictos capitanes son más dignos de la Fama que los más renombrados conquistadores, que han llenado de espanto las páginas de la Historia, porque sus luchas han sido en defensa de los sacrosantos principios del derecho, y sus tendencias, bellos ideales de regeneración social.

Sus héroes y sus libertadores han formado una epopeya brillantísima, que concluye con la independencia de nacionalidades libres y soberanas, y que, más grandiosa que el memorable sitio de Troya, requiere las estrofas inmortales de Homero para ser cantada.

Insignes benefactores ha producido el suelo americano; y como Fray Bartolomé de las Casas, el benemérito protector de la raza indígena, ha habido otros espíritus superiores que han sacrificado hasta su existencia en aras de una idea regeneradora.

Y si es verdad que muchas veces repugnantes tiranías han llenado de oprobio á las repúblicas americanas, así ha debido ser para que amemos con un amor más intenso el respeto de nuestra libertad, ya que en esta región de los libres, todo clama

el triunfo no lejano del derecho.

En vano corazones amantes de la humanidad hubieran deseado su regeneración; en vano la sangre de los mártires de la civilización hubiera corrido á torrentes; y hubieran caído heridas de muerte las viejas costumbres europeas; y las monarquías con sus leyes contrarias al Derecho Natural, y sus tradiciones estacionarias hubieran sentido el estupor que les produjo el renacimiento de las luces, si América no hubiera ofrecido un oasis á los seres que sienten amor por la libertad, entusiasmo por el progreso, y admiración por las obras portentosas de la naturaleza y del trabajo.

Y ese alegre entusiasmo que se nota en la redondez del globo, es el júbilo de las naciones, son los *hosannas* de la civilización agradecida, tributados á la creación espléndida que hizo surgir de las aguas la constancia de Colón, y que produjo "la unidad moral del género humano."

Y si la ingratitud de sus contemporáneos fué tal, que en premio de su gloria mereció Cristóbal Colón llevar hasta en su féretro las cadenas con que lo oprimieron, era esto lo único que le faltaba para abrillantar más los fulgores de su grandeza; y si no recibió su nombre el mundo descubierto por la perseverancia de sus propósitos y la energía de sus esfuerzos, "su obra era demasiado grande para ser dignamente recompensada con solo ponerle su nombre. No

lo lleva América; pero los hombres, aproximados y reunidos por él, lo llevarán en la extensión del globo."

Y á medida que trascurren las edades, su imagen permanecerá inmutable, inmensa, inextinguible en el corazón de la humanidad.

F. MARTÍNEZ SUÁREZ.

### ✠ Cristóbal Colón.

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

El ronco mar que azota embravecido los muros que le oprime un continente, que deja oír su tético alarido del polo, helado, al ecuador, ardiente; que se alza en himalayas de oléaje, loco en su rabia, olímpico en su vuelo, cual si quisiera, en su furor salvaje, con sus espumas salpicar el cielo; que en sus antros oculta, por millares, monstruos que al sacudir sus anchas colas hacen temblar los diques seculares donde se estrellan con fragor las olas; que recoge los ecos pavorosos de las negras y bravas tempestades, las que arrancan los árboles colosos y borran con su aliento las ciudades; el mar que en sus recónditos abismos sepultara la Atlántida famosa, cuando al soplo de airados cataclismos tembló en sus bases la creación, medrosa, jese es el mar que atrae y que enamora al ínclito Colón, al bravo atleta, al que lleva en su mente soñadora —como si fuera un dios—medio planeta!

En débil y crujiente barquichuelo, juguete de la ola fementida, ¿qué intenta hacer en su insensato anhelo? ¿Do va sobre la mar embravecida?

¿Qué intenta hacer?—Llevar de uno á otro mundo, de quince siglos la grandiosa herencia: lo que inspiró al audaz genio profundo el Espíritu Santo de la ciencia; la idea redentora que palpita en la erca persa y en el mármol griego que es rayo en el profeta israelita

y que en la espada del romano es fuego;  
que vibra inextinguible en el poema,  
eleva el alma en la doliente ojiva,  
y en la esfinge de Egipto es un problema  
que hace callar á la razón altiva . . .

En ese barquichuelo que zozobra,  
amenazado de huracán violento,  
viene de Guttenberg la excelsa obra,  
nueva "arca de Noé del pensamiento."  
Viene en él de Viriato el heroísmo,  
del noble Cid el legendario empuje,  
del egregio Pelayo el patriotismo  
y el león de España que irascible ruge.  
Traen allí los bravos navegantes,  
en viaje cuyo igual nunca se ha visto,  
con la armoniosa lengua de Cervantes  
la inmortal filosofía de Cristo.

Nueva raza—indomable, austera y pura—  
vendrá á poblar el suelo americano,  
al fundirse del indio la bravura  
con el noble valor del castellano.  
Raza por cuyas venas corre ardiente  
de la alma libertad el sacro fuego,  
que ha escrito con su roja sangre hirviente  
cantos de marsellesa himnos de Riego;  
que ha formado naciones poderosas  
que si amaran los triunfos de la guerra,  
llevarían sus armas victoriosas  
por todos los confines de la tierra.  
Donde tuvo la Europa sus colonias  
esa raza ha fundado en pocos años,  
nuevas Corintos, Tiros y Sidonias,  
admiración de propios y extraños;  
y fundará después, altiva y fuerte,  
del mundo de Colón en los confines,  
—burladoras del tiempo y de la muerte—  
nuevas Londres, Marselias y Berlines.

¡Salve, oh dios de los mares. tú que hiciste,  
á los ojos de Europa conturbada,  
—tras el viaje glorioso que emprendiste—  
aparecer un mundo de la nada!  
Que domaste el océano turbulento,  
á Neptuno venciste con tu ciencia,  
y, nuevo Eolo, encadenaste el viento  
al conjuro eficaz de tu presencia.  
Hoy repite la fama de tu historia  
de una en otra ribera el mar de Atlante;  
hoy dos mundos ensalzan tu memoria  
y te declaran dios,—¡gran navegante!

\* \* \*

Vaga nota del himno que hoy se eleva,  
mi voz no vibrará en playas remotas:  
eco extraviado que mi aplauso lleva.  
¡que se pierda mi voz en esas notas!

FRANCISCO A. GAMBOA.

## A CRISTÓBAL COLÓN.

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

(Composición recitada por la señorita Hortensia Salazar.)

¿No veis al sabio recorrer la Europa  
Demandando á los reyes protección  
Para llevar á término una empresa  
Sublime, como el nombre de Colón?

¿No veis cómo le burlan y desprecian  
Cuando habla de su empresa colosal,  
Empresa de que es digno solamente  
El que sea como él, genio inmortal?

Cristóbal no se abate, porque funda  
Su risueña esperanza en el saber;  
Y el auxilio que el hombre le ha negado  
Se lo otorga por fin una mujer.

Mujer sublime, heroica soberana,  
Que da más brillo á su corona real  
Entregando á Cristóbal sus brillantes  
Para que pueda realizar su ideal.

—¡Anda!—dice Isabel:—¡busca ese mundo!  
¡Levanta allí la insignia de la cruz  
Y regálale al Nuevo Continente  
El idioma español, como una luz;

Como una luz que rasgue las tinieblas  
De la ignorancia en que sin duda está;  
Que alumbrando sus fértiles campiñas  
Las vías del progreso le abrirá!—

Parte Colón en su gallarda nave  
Con su mirada siempre fija en Dios;  
Y á través del Océano turbulento  
Vuela sonriente de su ideal en pos.

¡Vedle!.... ¡allí va!.... luchando con las olas,  
Con las tormentas del ignoto mar,  
Y el furor de marinos que, obsecados,  
Su noble sangre intentan derramar.

—¡Dejadme la existencia!—el sabio dice:  
—¡Dejádmela tres días.... si después  
El Nuevo Continente no encontramos,  
Que... ¡mi cabeza caiga á vuestros pies!—

¡Ya levantan las hachas de abordaje  
Y el negro crimen vase á consumir!  
¡Pero... ved! ¡en los tumbos del Océano  
Troncos de árbol comienzan á flotar!

—¡Tierra!—grita Colón: y en el instante  
Su alma sublime deja de sufrir,

Porque mira en risueña lontananza  
Para el mundo, un brillante porvenir.

Torna el Genio á las playas españolas  
Con la frente ceñida de laurel:  
Los Monarcas le aplauden; y él agrega  
El Nuevo Mundo, al reino de Isabel.

Y más tarde, la envidia y la calumnia  
¡Hunden al Genio en lóbrega prisión!  
Y hoy, al través de cuatrocientos años,  
Canta el orbe la gloria de Colón!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, 12 de octubre de 1892.

## A CRISTOBAL COLON.

EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

La exelsitud de tu nombre,  
Colón, merece un Homero;  
Mas yo, en mi entusiasmo, quiero  
Excluir al dios, ver al hombre.  
Y cantar á su renombre,  
No con pretensiones, pues,  
Mi humilde canto sólo es  
El homenaje profundo  
Que el padre del Nuevo Mundo  
Me hace rendir á sus piés.

De Salamanca los sabios  
Pensaron, en su deseo,  
Como á nuevo Galileo,  
Quemarte por los agravios  
Que á la Fe hicieran tus labios;  
Pero, con fe mejor que ellos,  
Tu ciencia dió más destellos,  
Y, á su error haciendo guerra,  
La redondez de la Tierra  
Surgió bajo tus cabellos.

Colón, yo no sé qué más  
Admirar de tu grandeza:  
Si el poder de tu cabeza,  
Si tu carácter tenaz  
O si el dolor pertinaz  
Con que abrumarte quisieron  
Los que envidia te tuvieron  
Y, en pago á tu noble afán,  
En vez de un trono al titán,  
Cadena y cárcel te dieron.

Mas sin pensar en cual sea  
Móvil de mi admiración,

Yo te venero, Colón,  
Nuevo Cristo de la idea.  
En tu vida centellea  
El mismo poder de Dios,  
Que, de tu idéal en pos,  
En medio al mar iracundo,  
¡Fiat! digiste y creóse un mundo  
A la influencia de tu voz.

Es Palos, izando velas,  
Principio en tu obra romana,  
Es Isabel la Cristiana  
La nave en que al triunfo vuelas;  
Hijos de tres carabelas  
Los americanos son,  
Por eso su corazón,  
Que gratitud atesora,  
Tres nombres son los que adora:  
¡DIOS, ISABEL Y COLÓN!

Cuatro siglos tu memoria  
Guardan con veneración,  
Y cada generaci6n  
Va engrandeciendo tu gloria.  
Te canoniza la Historia,  
Y el cat6lico, el pagano  
Te aclaman el soberano,  
El inmortal genovés,  
Del cura salamanqués  
Al patr6n del Vaticano!

N. F. LARA

San Salvador, octubre 12 de 1892.

## Homenaje á Col6n.

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

¡Gloria á Col6n! El mundo americano  
Celebra ahora el memorable día  
En que un hombre, de genio sobrehumano,  
Lo sacó del olvido en que vivía,  
Y lo condujo con potente mano,  
Henchido de esperanza y de alegría,  
A la senda del bien y de la gloria,  
Dando al progreso sin igual victoria.

¡Loor eterno á la Reina venturosa  
Que inspirada por Dios en un instante,  
Pudo acojer la idea portentosa  
De aquel hombre de espíritu gigante;  
¡Gloria á Isabel, que protegió animosa  
La empresa del insigne navegante,

Empeñando las joyas que guardaba  
En la regia corona que ostentaba!

¡Gloria inmortal á los valientes hijos  
De aquella España sabia y generosa,  
Que con los ojos en el cielo fijos  
A Dios enviaban su oración preciosa,  
Buscando á sus temores tan prolijos  
El lenitivo de la fe gloriosa,  
Para surcar el indomable océano  
Y descubrir el suelo americano.

Honor á aquellos que su apoyo dieron  
A la idea feliz del gran marino,  
Y de España las glórias estendieron  
Con su saber y su laudable tino;  
Y al recordar á los que tanto hicieron  
En pro del inspirado peregrino,  
Bendigamos, de amor el alma llena,  
Al inmortal Juan Pérez de Marchena.

Ya los viejos reñcores terminaron,  
La gratitud de América se aumenta,  
Pues la verdad que tantos desecharon,  
Más hermosa que nunca se presenta!  
Alcance á los que mal nos conquistaron  
De la Historia imparcial la justa afrenta,  
Mas no reciban nuestra amarga saña  
Todos los hijos de la heroica España.

Que también á la América vinieron  
Hombres grandes, de nobles sentimientos,  
Que la conquista colosal hicieron  
Sin valerse de engaños ni tormentos;  
¿Por qué pues, no ensalzarlos, si pudieron  
Evitar espectáculos crüentos  
Y hacerse dignos, por sus nobles hechos,  
De tener un altar en nuestros pechos?

A ellos la hermosa Religión debémos  
Que hizo tan dulce el Redentor glorioso,  
Y el valor indomable que poseemos,  
Y el lenguaje más bello y armonioso;  
Creo muy justo, pues, que tributemos,  
Lleno de amor el pecho generoso,  
Un recuerdo filial á quienes fueron  
Los que tan rica herencia nos trajeron.

Porque Dios quiso que Colón pudiera  
Encontrar en España protectores,  
Y que el sol de la gloria la envolviera  
En sus claros y puros resplandores:  
¿Qué nación á aquel hombre protegiera  
Si á un *iluso* le daba sus favores?  
Tan solo España comprendió la idea  
Del marino inmortal ¡Bendita sea!

Si nuestros padres con furor rompieron  
Las cadenas que á España nos ligaban,

Fue que todos unidos comprendieron  
Que la fe y la razón lo demandaban:  
También los españoles repelieron  
Las huestes que á la Europa dominaban,  
Y así la noble Patria de Pelayo  
Fue más gloriosa por su Dos de Mayo!

Pero nunca, jamás podrán romperse  
De la sangre los lazos poderosos,  
Y América y España han de quererse  
Con sentimientos dulces, generosos;  
Cual hija y madre deben protegerse,  
Sin odios ni recelos vergonzosos,  
Y caminar unidas ante el mundo  
Dando una prueba de su amor profundo

Bajo su cielo límpido y hermoso  
La América dormía. Dulcemente  
Arrullaban su sueño voluptuoso  
Mansos ríos de linfa transparente.  
Sus verjeles, de aspecto delicioso,  
Impregnaban de aromas el ambiente,  
Y sus ricas montañas se elevaban  
Cual gigantes que al cielo desafiaban.

Pájaros mil de vívidos colores  
La regalaban con su dulce canto,  
Cuando ya de la aurora los fulgores  
Rasgaban de la noche el negro manto.  
De sus fragantes y variadas flores  
La miel libaban con divino encanto,  
Las sencillas y dulces mariposas  
Que en el campo vagaban presurosas.

Pero la bella América dormía  
Y gozaba en su cándido embeleso,  
Sin pensar que su sueño cortaría  
El carro misterioso del Progreso.  
La Providencia que los mundos guía  
Un destino más grande le hubo impreso,  
Y el gran Colón, el despreciado *iluso*,  
Cumplir debía lo que Dios dispuso.

Y en pobres y pequeñas navecillas  
Que mandaba Colón como Almirante,  
Contemplando de Dios las maravillas  
Sobre el océano siempre amenazante,  
De la patria dejaban las orillas,  
Mostrando la tristeza en el semblante,  
Los valientes marinos que deseaban  
Llegar pronto á las tierras que buscaban.

Y cuando ya impacientes no querían  
Continuar en la ruta venturosa,  
Porque faltándoles la fe, creían  
Desvanecida su esperanza hermosa,  
El gran Colón, con frases que vertían

La dulzura de su alma fervorosa,  
Les hablaba de Dios, y sin tardanza,  
En todos renacía la esperanza.

Y llegó al fin el día tan deseado!  
Murió el temor que el pensamiento aterra:  
Un hombre, por la dicha subyugado,  
Gritó con ansia venturosa: ¡Tierra!....  
Y al ver el mundo por Colón soñado,  
Con las bellezas que en su seno encierra,  
Los marinos postráronse en el suelo  
Y enviaron todos su plegaria al Cielo!

Cumplióse la más grande maravilla  
Que pudo concebir la mente humana,  
Y el glorioso estandarte de Castilla  
Quedó enclavado en tierra americana!  
Aquel hombre feliz, de alma sencilla,  
Siempre admirado por su fe cristiana,  
Con un mundo, el más rico de la esfera,  
Premió á la Patria de Isabel Primera!

La Religión del Cristo victorioso  
Que en el antiguo mundo no cabía,  
Al cruzar el océano proceloso  
Sustituyó á la ciega idolatría;  
Esa gran Religión, faro precioso  
Que aquí en la tierra nuestros pasos guía,  
Y que al fin de esta vida transitoria  
Nos lleva á Dios para gozar su gloria.

Ya la América es grande, poderosa;  
La noble España con placer la admira,  
Que si antes fue la noche tenebrosa,  
Hoy es la luz do la razón se inspira;  
Por eso el alma entusiasmada goza  
Y en su ventura sin igual delira,  
Porque talvez en día no lejano  
Será el primero el mundo americano!

JOSÉ MARÍA GOMAR.

San Salvador, octubre 12 de 1892.

## CANTO ÉPICO

### A COLÓN

en el cuarto Centenario del descubrimiento de América.

(Poesía recitada por el señor don Salvador Soler y Maymó.)

Tras largos siglos de amargura y duelo  
En que la triste humanidad gemía,

Arrastrando las hórridas cadenas  
Con que el crimen triunfante la oprimía.  
Aparece en el cielo  
El sol de la verdad, y á sus fulgores,  
Huyen á sus cavernas los errores.

Sobre las agrias rocas del Calvario  
El Cristo-Dios su postrimer gemido  
Exhalaba en la cruz, y redimido  
De la oprobiosa esclavitud, alzaba  
El hombre la alta frente  
En que el sello divino se ostentaba  
Cual diadema de gloria refulgente.

Al ver la luz que se difunde hermosa  
Disipando las nieblas de la duda,  
Revuélvese entre lodo el Paganismo  
Como el caimán en charca cenagosa:  
Yergue la negra faz, torva y sañuda;  
¡Ahogar quisiera en sangre al Cristianismo!  
Y evocando las furias del abismo,  
A lucha atroz se lanza  
En alas de terrífica venganza!

¡A torrentes la sangre inunda el suelo!  
De mártires sucumben las legiones  
—Alzando siempre, al ofendido cielo,  
Por sus verdugos tiernas oraciones! —  
En garras de las líbicas panteras,  
A veces menos fieras  
Que el sanguinario corazón pagano!  
En el ecúleo bárbaro y horrendo,  
O al golpe atroz de la fatal cuchilla  
Que esgrimen los esbirros del tirano.  
Mas, la sangre del mártir, cual semilla  
Fecunda, por doquier se reproduce;  
Y el orbe antiguo todo fué cristiano!

¡Ay! tres centurias vieron  
La lucha desigual, ¡horrorizadas!  
De llanto y sangre inmensas oleadas;  
¡Y los dioses se fueron;  
Y los inmundos ídolos cayeron!

La Cruz triunfante sube al Capitolio:  
La razón, el derecho y la justicia  
Se asientan con el César en el solio;  
El carcomido trono do imperaban  
La pasión y la fuerza, se desquicia  
Y bambolea y cae;  
Y entre sus ruinas yacen aplastados  
Los asquerosos vicios endiosados.

El hombre, hijo de Dios, sacudió el yugo  
Con que su noble frente deprimía  
El déspota, verdugo  
Que el aliento y la sangre le sorbía.  
Es libre yá, su origen es divino:  
Sólo en nombre de Dios, Rey de los reyes,

Tendrán los pueblos justicieras leyes,  
Dignas de su inmortal, noble destino.

No más los circos se verán cubiertos  
De viles, sanguinarios gladiadores  
Que, por saciar la sed de sus señores,  
Dejarán palpitantes en la arena  
Sus cuerpos destrozados, rojos, yertos;  
Ni en el hediondo ergástulo resuena  
De los esclavos tristes el gemido,  
Ni el estridente ruido  
De la oprobiosa y bárbara cadena;  
Ni el hórrido chasquido  
Del látigo brutal de los sayones  
¡Arrancando las carnes á girones!

Ya no es esclava la mujer; ya impera  
En el plácido hogar como señora;  
Rico joyel de gracias y virtudes,  
La que es del hombre dulce compañera,  
En su seno purísimo atesora.

¡Oh santa Religión, hija del cielo,  
Púdica flor nacida en el Calvario,  
Y con la sangre pura  
Regada de Jesús, el bajo suelo,  
De crímenes manchado y de ignominia,  
Con tu aroma divino embalsamaste!  
La dulce paz, la ciencia, la cultura  
Por el antiguo mundo derramaste;  
A tu sombra benéfica se alzaron  
Regenerados pueblos vigorosos  
Que, opulentos, felices, poderosos,  
La faz del viejo mundo transformaron!

.....

¡Ah! no sin lucha, no, querida España,  
Tierra de bendición de mis mayores,  
Guardaste tú el depósito sagrado  
De la divina Fe! Que ardiendo en saña  
Contra las bravas huestes agarenas  
Que empañaron los timbres de tu escudo,  
En combate sin tregua, atroz y rudo  
Siete siglos lidiaste, y de tus venas  
La sangre generosa inundó el suelo!  
Pero triunfaste al fin! En las almenas  
De la rica Granada, el noble celo  
De Isabel y Fernando izó glorioso  
El estandarte de la cruz; y el cielo,  
Que tan heroica empresa contemplaba,  
Por ostentarse grato y dadivoso,  
Un mundo, en premio,  
¡un mundo les guardaba!

## II.

De Génova la altiva en el regazo,  
Los rayos vió al nacer, de rubia aurora;

Intrépido marino  
De noble pecho y alma soñadora,  
Hundido en los arcanos de la ciencia,  
Los efluvios de altísimo destino  
Que guarda para él la Providencia,  
Ve radiantes lucir en lontananza,  
Y le lleva en pos de ellos la esperanza!

¡La redondez del mundo! arduo problema  
Que los sabios apenas resolvían,  
La mente de Colón exalta y quema  
Y hace latir su corazón ardiente!  
"Llegar á los confines del Oriente,  
Donde el oro y las perlas rebullían,  
A través de los mares de Occidente;  
Y, como el sol en su triunfal carrera  
La tierra toda, al parecer, circunda,  
Rodéar navegando la ancha esfera."  
Tal fué la idea altísima y profunda  
Del Genio soberano:  
Y el mundo necio, ¡le llamaba insano!  
Y á su idea inmortal, ¡vana quimera!

Cual la aguja de acero, que hacia el Norte  
Tenaz dirige la imantada punta,  
En la ardua empresa el pensamiento fijo  
Colón peregrinó de corte en corte,  
Con el harapo vil del pordiosero,  
Absorta el alma en su pensar profundo,  
Ofreciendo á los príncipes ¡un mundo!  
A trueco de un puñado de dinero!

¡Y nadie le escuchó! ¡Génova ingrata,  
No te mostraste madre cariñosa!  
¡No quisiste á Colón dar generosa  
Algunos cuantos óbolos de plata! ...  
¡Sólo eso te pedía;  
Y un mundo, en cambio, un mundo te ofrecía!

Ni Portugal tampoco,  
Ni la orgullosa Albión, ni rey alguno  
De tantos que Colón solicitara,  
Al verle pobre y mísero le ampara:  
¡Trátanle con desdén cual necio y loco!  
¡Arrójanle quizá como importuno!

Sólo á tí, España, á tí guardaba el cielo,  
Por siete siglos de hórrida pelea,  
En que, luchando tu ardoroso celo,  
Logró humillar la impía media luna  
Ante la Cruz, tan singular presea,  
¡La más rica y espléndida fortuna!

Hambriento y andrajoso, á un monasterio  
Se acerca un navegante con su hijo;  
Arroba su alma el pensamiento fijo  
De descifrar altísimo misterio:  
El Guardián de la Rábida le acoge  
Con cariño de hermano;

Sacia su hambre y su sed, dónde se aloje  
 Le da caritativo:  
 Juntos departen sobre el hondo arcano  
 Que el claro ingenio penetrante y vivo  
 Del Cosmógrafo audaz romper intenta.  
 ¡Y se entusiasma el sabio religioso!  
 El noble anhelo de su amigo alienta  
 Con ánimo esforzado y generoso:  
 De su antiguo valer de cortesano  
 Hace en favor del nauta útil memoria,  
 Y al solio de los reyes le encamina  
 Frai Juan Pérez: ¡oh digno franciscano,  
 De la Iglesia y de España honor y gloria!  
 ¡No desoíste, no, la voz del cielo,  
 Que en sus hondos secretos te destina  
 A impulsar del gran genio el raudo vuelo!

Isabel y Fernando  
 Luchan aún con el impío bando  
 Que del Imperio secular del Godo,  
 Envuelta en sangre y lodo  
 Hundió la gloria en la fatal corriente  
 Del Guadalete aciago! . . . . .  
 Cien veces con sus lauros la victoria  
 Coronó la alta frente  
 De la cristiana, triunfadora gente;  
 Mas, ¡de oprobio padrón, de guerra amago,  
 Ondea aún la media luna, izada  
 Sobre los minaretes de Granada!

Modesto y grave el varonil semblante,  
 La mirada clarísima y radiante,  
 Como el que siente arder dentro del seno  
 Un mundo de esperanzas y de gloria,  
 Acércase Colón noble y sereno,  
 Y dobla la rodilla  
 Ante los soberanos de Castilla.

De sus teorías con llaneza expone  
 Y desarrolla el plan; sobre la esfera  
 Con su dedo el marino  
 Marca la línea recta del camino  
 Que seguirá la embarcación velera,  
 Partiendo de las playas de Occidente  
 Hasta tocar en el remoto Oriente:  
 "¡A las Indias llegar, donde hallaría  
 Perlas, oro y coral. . . ., riqueza tanta,  
 Que con ella su celo arrancaría  
 Al fiero Musulmán la Tierra Santa!"

¡Feliz error y falsedad dichosa!  
 Un ensueño mentido y lisonjero  
 Le arrastraba con fuerza misteriosa  
 En pos de un mundo ignoto y verdadero,  
 Pero contra la empresa todo, todo  
 Formidables estorbos oponía!  
 El iracundo espectro de la guerra  
 Teñido en sangre y lágrimas y lodo,

Los campos de la Iberia aun recorría  
 Sembrando luto y ruinas en la tierra.  
 El estandarte odiado, de Mahoma,  
 Sobre las torres de la Alhambra asoma!

No solo el vulgo, no, la ciencia misma,  
 En los albores de la vida, ignora  
 La extensión y la forma del planeta:  
 El mundo vé por engañoso prisma;  
 No es del error aún la vencedora,  
 Y á su imperio sombrío está sujeta:  
 Cuando de la experiencia la luz pura  
 Sus pasos guíe, marchará segura.

Por más que el nauta intrépido, los mares,  
 "De triple bronce el pecho guarnecido"  
 En navecilla endeble recorriera,  
 Del destino arrojando los azares,  
 En la alta mar de Atlante, *tenebrosa,*  
*Sin términos.....* ¡ah! nunca se atreviera  
 Temerario piloto  
 A trasponer el linde obscuro, ignoto!  
 Allende las Azores exploradas,  
 Mil consejas al vulgo le fingían  
 Monstruos fieros, sirenas encantadas!

En la corte luchaban las pasiones,  
 Como las de Satán fieras legiones  
 Con la turba de arcángeles fieles:  
 La envidia macilenta,  
 Microbio corroyendo corazones;  
 El bélico valor, que se acrecienta  
 En el combate; la ambición de gloria,  
 Ceñida con laureles de victoria;  
 La estúpida ignorancia,  
 Esclava del error y la mentira,  
 Que escupe á la verdad con petulancia  
 Y la insulta con ira;  
 La codicia insaciable; el santo celo,  
 Heraldito de la fe, sediento de almas.....;  
 El bien y el mal, la tierra con el cielo,  
 El vicio y la virtud.....; ¡Oh! ¿quién las palmas  
 Conquistará del triunfo, en la porfía?

Colón sus idéales perseguía  
 Sin desmayo y sin tregua. Lisonjero,  
 Como el fresco verdor del tamarindo  
 En las sedientas pampas al viajero,  
 Alto valer de espléndidos varones  
 Su inopia remedió: Deza, Cabrero,  
 Luis Santangel y el ínclito Mendoza,  
 Los padres de la Rábida, Pinzones.....,  
 La marquesa Beatriz de Bobadilla  
 Y otras egregias damas de Castilla  
 Con entusiasmo férvido alentaron  
 Al nauta desoído,  
 Con amor de los cielos desprendido  
 La Religión y el Genio se abrazaron!

Frai Juan Pérez y Antonio de Marchena  
 Con él compartirán la eterna gloria  
 Que los dos mundos de esplendores llena:  
 De los humildes frailes el renombre  
 Con el excelso nombre  
 Del gran Colón entrelazó la Historia!

Rodando iban los años;  
 Y entre esperanza y tristes desengaños,  
 —Como al árbol en medio del camino,  
 La raíz por orugas carcomida—  
 Al paciente marino  
 El vigor y los bríos y la vida  
 Hoja tras hoja pérfidos robaban!  
 Pero sonó, por fin, sonó la hora  
 Que los siglos ansiosos aguardaban:  
 La señaló la mano  
 Potente y bienhechora  
 Del Dueño de los tiempos, soberano.

En la alta torre de la Alhambra bella,  
 Cual áurea luz de matinal estrella  
 El signo de la cruz resplandecía,  
 Inundando en vivísimos fulgores  
 De consuelo, esperanza y alegría,  
 Del moro á los heroicos domadores!  
 ¡Con Bôabdil cayó la media luna;  
 Y en recompensa de tan grande hazaña  
 —Que no la viera igual edad alguna —  
 Apresta un mundo nuevo la fortuna  
 Para gloria de Dios y prez de España!

### III

Mas, ¿qué refrena de su pecho ansioso  
 El ímpetu violento?  
 Por qué al nauta no llevan, presuroso,  
 Agitadas las velas por el viento?  
 ¡Ay! el genio del mal tiende, envidioso,  
 Las negras sombras que la luz apagan,  
 Y de Colón el atrevido intento  
 Echar por tierra para siempre amagan!  
 La duda, los celos, las intrigas,  
 Cual apretado enjambre  
 De voraces hormigas  
 Que en el otoño desespera el hambre,  
 En torno de los reyes, bullidoras  
 Agitan sus tenazas destructoras.

La pompa secular de añoso roble  
 Derriba en tierra el huracán sañudo;  
 Pero, por más que del empuje rudo  
 Los esfuerzos satánicos redoble  
 Ciego infortunio, el ánimo constante,  
 El corazón de aliento alzado y noble  
 Impávido estará, como gigante  
 Mole que azota el *símovon* del desierto!

El ígneo pecho de Colón, cubierto

Con el escudo de la fe, no teme  
 Firme y tenaz como áncora en la arena  
 Que contra el Aquilón la nave enfrena,  
 Con ahínco se aferra en su porfía:  
 Cual los efluvios diáfanos del día,  
 De la razón la luz va al fin rasgando  
 Las nieblas de la duda  
 Que el alma de los reyes confundía:  
 Del ínclito Fernando  
 Al ánimo viril, pronto y valiente,  
 Fué estímulo potente  
 El ansia de conquistas y aventuras;  
 Ya de Colón la peregrina idea  
 En el regio cerebro fantasea:  
 Las vías accesibles y seguras  
 De llegar á los reinos de Levante  
 Sobre el abismo aterrador de Atlante,  
 El cosmógrafo sabio le demarca,  
 Ponderando el riquísimo tesoro  
 Que en sus inmensos límites abarca  
 ¡La India famosa, la región del oro!

De la gran Reina el corazón sensible,  
 Perenne hoguera del amor divino,  
 Al escuchar al nauta se estremece  
 De vivo ardor: ¡ya no será imposible  
 Llevar á aquellas miserables naciones  
 La santa fe de Cristo!....; y se humedece  
 Con lágrimas de amor y de ternura,  
 De aquella reina heroica la faz pura!  
 ¡Oh, cuántas almas rescatar podría  
 Su fervoroso celo  
 Del yugo de la torpe idolatría!  
 ¡Con cuánto agrado un serafín del cielo.  
 Estremecido de placer al verlas,  
 Cual riquísimas perlas  
 Sus lágrimas de amor recogería!

Pero el genio infernal que en lontananza  
 La pérdida ve escrita, del imperio  
 Que ejerce en el incógnito hemisferio,  
 Nuevas armas apresta de venganza.  
 Con argucias arteras  
 Induce á desechar por altaneras  
 Del gran Colón las justas pretensiones  
 El título que exige, de admirante  
 Y visorey de mares y naciones  
 Que va á explorar, se juzga exorbitante!  
 ¡Devaneos fantásticos de un loco!.....  
 ¡Y si de España la mitad pidiera  
 Colón, por el tesoro que ofrecía,  
 De España la mitad fuera muy poco!

### IV

Como á merced del Bóreas, nave rota  
 Sin rumbo fijo en en el abismo flota,  
 Para siempre tal vez la corte deja

El triste y desechado pretendiente!  
 Cabizbajo se aleja;  
 El sello del dolor ruga su frente:  
 Los labios contraídos  
 Por la sonriza amarga del desprecio,  
 conque mira el filósofo cristiano  
 —Compadeciendo el corazón humano—  
 La torpe ceguedad del vulgo necio.

Los últimos abrazos  
 Va á dar Colón al noble y fiel amigo,  
 De su dolor y lágrimas testigo!  
 Recíbele Fray Juan entre sus brazos,  
 Como siempre, cual padre cariñoso;  
 Del corazón herido la amargura  
 Con sus afectos endulzar procura,  
 Y marcha hacia la corte presuroso.

Postrado el incansable Religioso  
 A los pies de su excelsa penitente,  
 A la grande Isabel ruega, suplica  
 Con labio persuasivo y elocuente,  
 Que al ánimo del genio soberano  
 Aliento infunda con su regia mano;  
 “O despedido el nauta, acudiría  
 Auxilio á pretender de otras naciones;  
 Que aquella heroica y estupenda hazaña  
 Era digna tan sólo  
 De abrillantar los ínclitos blasones  
 De la corona espléndida de España!”

Se convenció Isabel: cuanto interesa  
 A la gloria de Dios y al honor patrio,  
 Del gran Colón la peregrina empresa  
 Compende al punto; y de Fray Juan envía  
 Letras llamando al nauta con premura:  
 Fernando, vacilante, aun oponía  
 La escasez de recursos!..... Con sorpesa  
 La Reina lo escuchó: “Si falta el oro  
 En las vacías arcas del tesoro,  
 Mi corona de perlas esmaltada,  
 Mis collares y aretes..... ¡los empeño!  
 ¡Parta Colón á realizar su sueño!”  
 Dijo con voz profética, inspirada  
 Doña Isabel primera de Castilla;  
 Y un mundo ante su trono, ¡oh maravilla!  
 La serviz va á doblar!.....

Tu nombre ilustre,  
 Oh Reina de las reinas, soberana,  
 Luce entre rayos de esplendente gloria,  
 Cual la risueña aurora en la mañana  
 Iluminando el cielo de la historia!

## V

Ya nada, al parecer, ya nada impide  
 Que el animoso, intrépido Almirante,  
 Se arroje al seno de la mar de Atlante

Anchísimo y profundo,  
 En pos de su soñado ignoto mundo!  
 Mas ¿dónde hallar bajeles  
 Capaces de arrostrar del oceano  
 Las sirtes y las rudas tempestades?  
 Y donde nautas y pilotos fieles  
 Cuya alma recia y acerada mano  
 No tiemble en las horrendas soledades?

¡Ah insólita locura!  
 De todos maldecido el extranjero,  
 Sus órdenes ninguno obedecía.  
 “Sólo en cerebro insano una aventura  
 Tan insensata germinar podía!”  
 Acúsarle de mago y hechicero,  
 Y hasta su propia vida peligrara,  
 Si el auxilio del cielo no le ampara!

Con presidiarios viles se resigna  
 A acometer la empresa!; y ni en la cárcel,  
 Entre la gente pérfida y maligna,  
 Cínica y desalmada,  
 Que todo lo perdió ni teme á nada,  
 Logra encontrar un criminal que quiera  
 Correr los riesgos de azarosa suerte,  
 Y entregarse en los brazos de la muerte  
 Por perseguir una fatal quimera!

Todos saben muy bien, “que en las entrañas  
 Hórridas, cavernosas  
 De las sirtes crueles y engañosas,  
 Viven sirenas pérfidas y extrañas,  
 Que con su canto dulce y hechicero  
 Atraen al incauto marinero!  
 Feces enormes, de furor henchidos  
 Cubiertos de durísimas escamas,  
 Cuya fauces horrendas lanzan llamas  
 Y feroces aullidos,  
 Que á los nautas devoran, furibundos,  
 En recónditos antros nauseabundos!  
 Ay! cuántos imprudentes se atrevieron,  
 Sedientos de oro, á aventurar la vida  
 En esa mar traidora y fementida,  
 Y á la patria jamás, jamás volvieron!”

De un pueblo ¿quién podrá, fanatizado,  
 Los fantasmas borrar en sólo un día?  
 Tan solo á Dios es dado!  
 O á quien su fuerza y su virtud envía!

De Palos de Moguer en la honda playa,  
 Las ódenes reales en la mano  
 Y las arcas repletas de dinero,  
 Con el valor del Cid, que no desmaya,  
 Luchando está Colón, y ¡lucha en vano  
 ¡No encuentra ni un bajel ni un marinero  
 Tamaña decepción ya casi agota  
 La sin igual paciencia

Que tantos años soportó valiente,  
Cual roca enhiesta el viento que la azota,  
Tántas contrariedades!.... La demencia  
Ya casi estalla en el cerebro ardiente  
Próximo á naufragar!.... Pero velaba  
Por aquel mártir la alta Providencia,  
Que á sus planes de amor le destinaba!

Ah! Fray Juan está allí: no le abandona!  
El hábil y prudente franciscano  
Que venció de la corte los recelos,  
Y á favor de la empresa á la Corona  
Supo atraer, logró con suave mano,  
Prodigando caricias y consuelos,  
Las olas aplacar del pueblo insano!

Ánimo infunde su valor constante  
En los amilanados corazones;  
A la faena acuden los Pinsones,  
Diestros marinos del temido Atlante,  
Y otros amigos denodados, fieles;  
Y aparejan y equipan tres bajeles.  
¡Tres cáscaras de nuez, á la bravura  
Del espantable y lóbrego oceano,  
En su mísera y débil contestura  
Impertérrito opone el pecho humano!  
¡Acción heroica, arrojo sin segundo,  
Digno del buscador de un nuevo mundo!

Fortalecida el alma del marino  
Con el Pan eucarístico y divino,  
A las mares se lanzan *tenebrosas!*.....  
Fray Juan desde la plaza los bendice:  
“¡Adios!,” desecho en lágrimas, les dice;  
Y las madres, las hijas, las esposas,  
“¡Adios!!!,” les gritan, trémulas, llorosas!

## VI

Sueltas al aire las flotantes velas,  
Iban surcando las hinchadas olas  
Del espumoso océano, las quillas  
de las tres carabelas:  
“¡Adios, adios, oh! playas españolas!,  
—Exclamaron los nautas, de rodillas—  
Estrella esplendorosa de los mares,  
Ampáranos, oh Madre Virgen pura,  
Con tu favor la nave irá segura!”  
Y á arrostrar del destino los azares  
Confiados se alejan;  
Pero ¡ay! el corazón clavado dejan  
En el nido de amor de sus hogares!

Despareció la tierra: el mar y el cielo  
En línea imperceptible se confunden:  
Inmenso disco de lucente plata  
Que el cristalino velo  
De la celeste hóveda refrata.

El piélagos sin límites, ofrece  
De lo infinito espléndida figura;  
Y al perderse la vista en su llanura,  
El más osado pecho desfallece!

Qué hay más allá?

Impenetrable arcano!

Más hondo que el azul del oceano,  
Más negro que las sombras de la duda!  
Como la dicha al corazón humano  
En mil variadas formas le presenta  
De su rostro la imágen seductora;  
Y cuando cree en sus brazos estrecharla,  
Veloz huye y se ausenta;  
Y aparece otra vez engañadora  
Y torna el pobre corazón á amarla,  
Y nunca llega ¡mísero! á gozarla!;  
Así embustera nube  
A la anhelante y ciega fantasía  
De los nautas tristísimos, fingía  
Isla lejana de verdor cubierta;  
Y en ella fija la mirada incierta,  
La débil esperanza renacia;  
Pero voluble el viento  
Llevábase las nubes caprichosas,  
Y á pirtarse en las caras congojosas  
Torraba la ansiedad y el desaliento!

Qué hay más allá?.....

La inmensidad tan sólo!

El vasto mar sin límites ni orillas!.....  
Colón, en tanto, hincadas las rodillas,  
A Dios, que hace girar siempre hacia el polo  
La brújula que guía al navegante,  
Sin decaer un punto su fe viva  
Con fervoroso acento suplicaba,  
Que abreviase el instante  
Su mano compasiva  
De descubrir la tierra que anhelaba!

Ya la tripulación se desespera:  
Vió tantas veces de la mar undosa  
Sacar esplendorosa  
Al astro-rey su rubia cabellera,  
Y hundirla fatigado por la tarde  
En las olas lejanas de Occidente,  
Que el aliento abatido ansia cobarde  
Virar con rumbo á España prontamente.

Ven un día volar de extrañas aves  
Bandada bulliciosa,  
Que en los mástiles altos de las naves,  
Cual la paloma sobre el arca, posa;  
Nuncias de tierra ignota las creyeron,  
Y tras su buelo rápido siguieron;  
Mas perdióse su huella en lontanaza,  
Y el ánimo, el vigor y la esperanza!

"Si no manda Colón volver las proras  
Hacia la madre España,  
Sus artes y su ciencia engañadoras,  
De Atlante horrible en el oscuro seno  
Digna tumba hallarán!" ruje la saña  
—Como la tempestad que engendra el trueno—  
De aquella turba indómita y rebelde,  
Que de Colón á la preciosa vida  
Osó atentar, alevé y parricida!  
Cuando la soldadesca ante el peligro  
Coraza y casco arroja, del denuedo,  
Perturba el orden, rompe la obediencia,  
Alas para la fuga le da el miedo,  
Y atropella el honor y la conciencia!

¡Ay! mísero Colón!, ménos feroces  
Fueron el Noto y Euro arrebatados,  
Hinchendo el mar con sus horrendas voces  
Y alzando cual montañas hasta el cielo  
Las irritadas olas  
Para anegar las barcas españolas,  
Que el importuno y tímido recelo  
De corazones pérfidos, ingratos!.....  
Sepultar pretendían ¡insensatos!  
En el salobre océano profundo  
Con tu vida y tu gloria, todo un mundo!

"Tres días esperad, ¡sólo tres días!  
—El Almirante con firmeza exclama—  
Y, si al nacer de la tercera aurora,  
La tierra no descubren los vigías,  
A mis sueños de gloria, honor y fama  
Renuncio; y vuelvan su cortante prora  
Las tristes carabelas al Oriente."

¡Oh, Ser omnipotente,  
Cuya mano los mundos contrapesa!  
¡Permitirá tu amor que del marino  
La inquebratable fe sea burlada,  
Y que la noble empresa,  
Inspiración de tu favor divino,  
Se torne en vano sueño, en humo, en nada?

Entre zozobras, sustos y amargura  
Lentas caminan las mortales horas,  
Del sueño y de la calma robadoras:  
Del vasto mar la espléndida llanura  
Se tiende en derredor; ni un rayo solo  
De tímida esperanza  
De un polo al otro polo  
La vista ansiosa y fatigada alcanza!

La noche cubre con su negro manto  
La inmensidad sin límites.....; los ojos  
Arrasados en llanto  
Está Colón, de hinojos,  
Sobre el débil esquiife: á la divina  
Reina del cielo, Estrella matutina,  
Oraba con fervor.....; y allá á lo lejos

Cree divisar los pálidos reflejos  
De amarillenta luz.... ¡Oh noche aquella!  
Cuán tardos ¡ay! cuán tardos transcurrían,  
Como aves ya cansadas los instantes!  
Cada astro y cada estrella  
Ni un punto se movían;  
Cual broches de brillantes  
Clavados en el cielo parecían!.....

## VII

Nace por fin risueña, esplendorosa,  
Entre celajes de zafiro y rosa  
La luz de la mañana:  
"¡Tierra! ¡Tierra!!" gritaron  
Los nautas, y fervientes adoraron  
A la divina Esencia soberana!

Como gracioso nido  
Con hojas de esmeralda entretejido  
Y con rizadas plumas,  
Cubierta de verdor y lozanía,  
Del ancho mar surgió entre las espumas  
Guanahani la hermosa,  
Llenando de consuelo y de alegría  
Del mísero Colón la faz llorosa!

— "¡Salve, mil veces, tierra bendecida,  
Por quien angustias tantas sufrió el pecho!  
¡Salve, tierra querida!  
Tú los ensueños de esperanza y gloria,  
De que el mundo hizo befa, realizaste,  
Y con el lauro eterno de victoria  
La frente del marino coronaste!"  
Dijo Colón, doblando la rodilla  
Sobre la ardiente arena, que bañaba  
Con lágrimas de gozo; ¡y tremolaba  
El estandarte invicto de Castilla!  
¡Oh! ya podéis surgir héroes gloriosos,  
Intrépidos y dignos caballeros,  
Bravos aventureros  
Que habéis de ser un día tan famosos!  
Ojedas y Corteses y Alvarados,  
Balboas y Pizarros..... esforzados,  
De la morisma fiera vencedores,  
Aquí hay lauros también, aquí hay honores!

Y vosotros venid, nobles atletas  
De la divina fe: millares de almas,  
De la ignorancia en las oscuras grietas,  
Bajo del yugo vergonzoso gimen  
De la más vil y torpe idolatría.  
Del martirio las palmas  
Tremolaréis un día,  
Cuando reguéis con vuestra sangre pura  
Las entrañas del suelo americano  
Las artes y las ciencias, la cultura,  
—Precioso dón debido á vuestra mano—  
Harán que eleve próspero y lozano

Su verde pompa y su beldad florida  
En esta tierra el árbol de la vida.

Entre las rezagadas muchedumbres  
Derramad las ideas,  
La ley de amor, los fueros y costumbres  
De las viriles razas auropeas,  
La semilla del bién, que en su camino  
Sembró en la tierra el Redentor divino.  
Venid, venid, vuestra presencia tarda!  
Con deseo ardentísimo y profundo  
El seno virginal del Nuevo Mundo,  
Como al rocío el prado, así os aguarda!

Del Patriarca de Asís, prole ferviente,  
Del ínclito Guzmán, del grande Ignacio,  
De Calazáns, Paúl..... Inmenso espacio  
Ofrece al celo ardiente  
De la sublime caridad divina  
Que las almas benéfica ilumina,  
Esa región, do mísero y salvaje  
Vive innúmero pueblo abandonado  
—Por las tinieblas del error cegado—  
En las ásperas quiebras del bosque.

Del Ande majestuoso en las vertientes,  
En medio de las selvas seculares,  
Prósperos se alzarán y florecientes  
Ciudades cien y pueblos á millares.  
México, Salvador y Guatemala,  
Caracas, Bogotá, La Paz y Lima  
Santiago, Quito.....; cada cual sublima  
Hasta los cielos su esplendor y gala;  
Y todas, todas ellas,  
Emporios de saber y de cultura,  
Oasis deliciosos de ventura,  
Ostentarán las perdurables huellas  
Sobre sus obeliscos vencedores,  
Del martirio incesante y los sudores  
Del misionero obscuro y humilde,  
Del calumniado, pobre religioso.

Frutos opimos en el fértil suelo,  
Vuestra labor fecunda  
Dará de bendición, y grato el cielo,  
Cuando la luz divina se difunda,  
Coronará vuestra agobiada frente  
Con diadema inmortal resplandeciente!  
Alzará la cerviz torpe, iracunda  
La codicia voraz, y ruda guerra  
El dios del mal contra el apóstol santo  
Suscitará do quier..... En sangre y llanto  
Será anegada de Colón la tierra!  
La tierra, que llorando contemplaba  
Cual hija de su amor y sus delicias,  
Que con blandas caricias  
Contra su noble pecho la estrechaba;  
Y cual perla preciosa,

De la Reina más grande y generosa  
A la corona espléndida engarzaba!

## VIII

Llenaste tu misión, Genio fecundo,  
Cuando, inspirado por el Ser divino,  
Abriendo sobre el mar fácil camino,  
Al mundo antiguo diste un nuevo mundo!  
Mientras dure ese mundo y dure el hombre,  
Resonará do quiera bendecido,  
Cual de padre benéfico y querido,  
¡Oh Colón inmortal, tu augusto nombre!

Si nolo lleva el mundo que encontraste,  
Para la humanidad es el desdoro:  
Y si la ingratitud pagó con hierro,  
Baldón, ultraje y bárbaro destierro  
Tu rica ofrenda rebosando en oro,  
¡Ajar no pudo tu ínclita memoria!  
De su sin par hazaña,  
En las marmóreas rocas de los Andes  
Los siglos esculpieron ya la historia;  
Y cuanto aliente América y España,  
Entre los genios brillará, más grandes,  
De Isabel y Colón la excelsa gloria!

Guatemala, 12 de octubre de 1892.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

Concluída la recitación de la poesía del señor Aycinena, y, con ella, la VELADA, las familias asistentes fueron invitadas á una cena dispuesta y servida en el magnífico "Hotel Colón," que se instalaba entonces definitivamente.

Así terminó aquel homenaje de nuestra gratitud y admiración al inmortal Padre de América. Y nosotros terminamos esta ligerísima reseña, consignando,—á nombre de "La Juventud Salvadoreña" y en el nuestro propio,—un voto de eterno reconocimiento para las estimabilísimas señoritas y los distinguidos caballeros que tan generosamente nos ayudaron á solemnizar el IV centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

San Salvador, octubre 13 de 1892.



## COLÓN Y AMÉRICA

EN EL IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Cuando la luz en el rosado Oriente  
Despertaba risueña, encantadora,  
Sobre las ondas de la mar rugiente,  
Ligeras cual la brisa voladora  
Y con rumbo marcado hacia Occidente,  
Tres carabelas saludó la aurora.

¿Quién las guía? ¡Oh, Dios! ¿Quién es el nauta  
Experto y valeroso que las guía?  
Es Cristóbal Colón, el italiano,  
El que otro mundo ha dado en profecía:  
Aquel mendigo que amparó Marchena  
Cuando llevado por su hermoso sueño  
Ante los reyes de la culta España,  
Su brío, sin rival, puso en escena.

En pos de un ignorado continente  
Ya domina del mar las tempestades.  
¡Vedle!... lleva marcadas en la frente  
Las huellas luminosas é inmortales  
De una esperanza de verdad henchida;  
Y la intuición de todas las edades  
En su genio se encuentra resumida.

Seguirle es fuerza..... Sobre el vasto Océano  
Las naves dejan brilladora estela;  
La brújula, del nauta salvadora,  
El rumbo enseña que Colón anhela.  
Y las olas gigantes que se alzaban  
Del mar en los horribles desiertos,  
Admiraba con éxtasis profundo  
Colón, soñando en descubrir un mundo!

En viva luz se desbordaba el cielo,  
En regaladas brisas el ambiente;  
Los marinos, después de largas penas,  
Alzan tranquilos la ceñuda frente,  
Y al mirar que la aurora  
Arrastraba su carro en el oriente,  
Enajenados, llenos de alegría,  
De nebulas vieron el oncenno día.

Vieron también los mares tapizados  
De verde yerba, cual pradera hermosa,  
Y que fragmentos de árboles flotaban  
Sobre la ola tremenda y espumosa;  
Que una garza gentil sobre las naves,  
Con su rítmico vuelo se cernía,  
Que una tórtola dulce, y otras aves.  
Cantaban con divina melodía.  
Entonces en la mente del marino  
La secreta esperanza que abrigaba  
Tomando bellas, colosales formas  
Casi en hermosa realidad miraba.

Mas, el día pasó: sólo agua y cielo  
El horizonte impávido mostraba  
Y la noche callada con sus sombras  
A las veleras naves circundaba  
Las diez sonaron... y Colón, inquieto,  
La mirada fijó en el Occidente,  
Y, en la solemne oscuridad brillando,  
Descubrió lejos luminoso objeto:  
Que era una luz la que tenía enfrente,  
La razón afirmábale en secreto.

—La tierra cerca está—dijo impaciente  
—De dicha siento estremecerse el alma;  
Bogad, bogad tripulación valiente,  
Que de los triunfos obtendréis la palma—  
Pocas horas después, en la alta sierra  
Un cañonazo retumbar se oía  
Al mismo tiempo que gritaba ¡¡¡Tierra!!!  
El venturoso y perspicaz vijía.

A ese eléctrico acento levantaron  
Las torvas frentes los marinos fieros,  
—¡Tierra!... ¿Es cierto?—Dudosos exclamaron  
Y, cual torrente desbordado, todos  
En tumulto á la proa se agolparon.  
Una faja grandiosa de esmeralda  
Por la penumbra aún medio velada,  
Se adivinaba allá junto á la falda  
De una montaña espesa y encumbrada.

—“¡Alto! ¡Aferrad!” “¡La tierra está adelante!”—  
Gloria á Colón, al genio soberano  
Que presintió tras el soberbio Atlante  
El bello Continente Americano!  
Hijos del Nuevo Mundo, descubríos,  
Y respetuosos inclinad la frente  
Ante ese sábio que postrado en tierra,  
Del Dios de Abraham y de Isabel en nombre,  
En vuestro virgen y fecundo suelo,  
Al resolver del orbe el gran problema,  
Feliz tremola el español emblema.

Surgió su estrella, y sus fulgentes llamas  
Marcando el rumbo que ignorado estaba,  
Le hacen llegar á las hermosas Bahamas,  
Porque la ciencia que sus naves guiaba  
Y del Cristo la fe consoladora,  
Con nuevo aliento su cerebro inflaman,  
Y harán que allá donde el Eterno mora,  
En los épicos cantos de la gloria  
Llegue de sus hazañas la memoria.  
Sí: del que afrontas devoró y desvíos  
Con alma noble y de entereza llena,  
Por una senda luminosa vuela,  
De alcázares pasando á caseríos  
El nombre ilustre, y por doquier resuena  
Retumbando en los ámbitos vacíos.

¡Y tú, América! Virgen pudorosa,

Radiante, augusta, en tu altivez sencilla  
Te alzaste tan espléndida y hermosa  
Que Colón al mirarte se arrodilla,—  
Yo quisiera al cantarte  
El poder inmortal y prepotente  
Que hay en la voz del genio y del poeta,  
Que hay en la hermosa tempestad rugiente  
Y en el viril acento del Atleta.

¡Oh América soñada!!  
Gallarda reina de la cumbre andina,  
De la azulada Hudson ninfa alada  
Que te yergues magnífica y divina  
En medio de dos mares  
Y miras extenderse en lontananza  
Sobre tus regios lares,  
“El horizonte azul de la esperanza”  
En la diadema que tus sienas orla,  
El Ártico salvaje,  
Luce de perlas colosal penacho  
Cuando se ajita en tumultuoso oleaje,  
Y en tus centros, emporios de riqueza,  
Se asienta el Darien, ruge el mar Caribe  
Y pregonan la insólita grandeza  
Que entoda tu gentil naturaleza  
Con profusión el Hacedor escribe.

A tus plantas se extiende  
El Antártico; el bello Magallanes,  
Y el Amazonas, el Madeira, el Plata,  
Precédenles cual coro de Titanes.  
Y tus bruñidos, diamantinos lagos  
Los fulgores del cielo desafían  
Cuando los rayos del ardiente Febo  
Sobre sus linfas diáfamas y puras  
Brillando se extasían;  
Y los rientes y suaves arroyuelos  
Que fecundan tus vírgenes praderas,  
Van descubriendo los veneros de oro  
Que codicia y asombro despertaron  
En las pasadas Eras.

Doquiera, exhuberantes,  
Llenas de gracia y de frescor convidan  
A gozar las delicias de su ambiente  
Las selvas en que anidan  
Aves diversas de plumaje vario,  
Que entre aromas y flores  
Elevar el santuario  
De sus puros, dulcísimos amores;  
Y rica allí descuella  
Naturaleza, en su soberbia Fauna  
El tapir y el Antílope exhibiendo,  
El Cervatillo, el Mono, el León hermoso,  
El Águila caudal que eleva el vuelo  
Y audaz transpone el encumbrado monte,  
Como queriendo traspasar el Cielo;  
Allí el Jaguar y el Oso  
El manso Llama, el Jabalí, el Bisonte,

Viven cual soberanos,  
Sin que nadie interrumpa su reposo  
En los abiertos llanos,  
O de la selva en el confin umbroso.  
Mas, tu indígena raza,  
Que entre tantas bellezas descollaba,  
En la superstición y el fanatismo  
Sumida, envuelta estaba  
Y en tu región hermosa  
No había corrido el manto  
Esa noche terrifica, ominosa  
Que en la brillante Europa  
Había borrado el Evangelio santo.  
Ignorada pasaba tu existencia  
¡Oh bello Continente Americano!...  
Y por siglos y siglos á la ciencia,  
Fuiste cerrado, impenetrable arcano....

Y mientras admiraba el Viejo Mundo  
Del genio las creaciones soberanas,  
Ya levantar al cielo gigantes  
Las cúpulas galanas  
O ya tejer para Rafael coronas  
Que llevasen en triunfo la memoria  
Del rostro virginal de sus Madonas  
A los anales bellos de la historia,  
Y que los fríos mármoles de Paros  
A los prodigios del cincel tomaban,  
Prisioneros del arte, los secretos  
Y el nombre del artífice laureaban.  
Que las sublimes ciencias  
Al sepultarse las edades muertas,  
La huella que dejaron persiguiendo  
Con su poder profundo,  
Han venido grandiosas descubriendo  
El ignorado génesis del mundo...  
¡Tú, América! la reina del Atlante,  
Al son de dulces, suaves armonías,  
El sueño voluptuoso de las hadas  
En tus selvas magníficas dormías!  
Mas, Colón te conjura: á su presencia,  
Cual ángel bello de nevadas alas,  
Llena de luz, de gracia y de inocencia  
Respondiste, mostrándole tus galas!

¡Colón! Colón!! Si al fin de tu jornada  
Víctima fuiste de infernales sañas,  
La América por siempre enamorada  
Vivirá de tus ínclitas hazañas:  
Y el himno universal que se levanta  
En loor á tu genio,  
Que un reguero de luz dejó en los mundos.  
Sonará de cada uno en el proscenio;  
Y tu nombre preclaro y bendecido  
Que el orbe todo con cariño guarda,  
En la rugosa frente de los siglos  
El Porvenir encontrará esculpido.

JOSEFA CARRASCO.

Santa Bárbara, (Honduras) octubre 12 de 1892.

## A Doña Isabel la Católica

en el IV centenario del descubrimiento de América.

Como después de la horrible tormenta,  
En que se enluta el cielo  
Con nubarrones negros, apiñados,  
Y fragoroso, cárdeno revienta  
El rayo, hinchando de pavora el suelo,  
Aparece más bella y más graciosa  
La luna esplendorosa  
En su carro de nubes plateadas,  
Serenando del mundo las miradas;

Así en la hermosa tierra  
Que de Pirene al golfo gaditano  
Destrozara el feroz mahometano  
En siete siglos de implacable guerra,  
Augurio de esperanza y de ventura,  
Iris de paz, resplandeció radiante,  
En bienhadado instante,  
De una princesa heroica la faz pura!

El torpe vicio, lúbrico, asqueroso,  
Con sus inmundos ósculos mancilla  
El trono de los reyes de Castilla,  
Que un tiempo, ¡a los iberos tan glorioso!  
Sembraron de laureles  
Alfonsos y Ramiros y Fernandos!  
En destructores bandos,  
A su monarca y á su patria infieles,  
Los magnates y pueblos divididos,  
Coronan las altivas fortalezas,  
No de brazos leales y aguerridos  
Que á la morisma abatan  
Con heroicas hazañas y proezas,  
Sino de abyectos, viles foragidos,  
Que ultrajan, roban, matan  
A los inermes, míseros viajeros,  
Y alardean de nobles caballeros!

Pero ¡qué más! el templo, el templo mismo,  
Al Dios de las virtudes consagrado,  
Con sacrilegio torpe es profanado  
Por la planta del ciego fanatismo!  
Se vió entonces al monje y al prelado  
Que bendecir y perdonar debiera,  
Por báculo blandir aguda lanza  
En la mano altanera,  
Y atizar en las turbas la venganza!

Todo era confusión! Huyó á esconderse  
En los humildes pechos la Justicia,  
Triste y avergonzada,  
Viendo bajo la cúpula dorada  
Del alcázar la sórdida avaricia,

La adulación rastrera,  
De lengua ponsoñosa y embustera,  
La envidia ruin, que el amarillo diente  
Clava en el alma y su veneno inundo.  
¡Guarda de los vicios, pestilente,  
Fué el débil trono de don Juan Segundo  
Y don Enrique Cuarto, *el Impotente!*

Y ¡quién podrá el cadáver asqueroso  
A la vida tornar, prestarle aliento  
Y fuerza y energía? . . . . .  
¡Si un vástago se alzara vigoroso  
De la robusta y noble dinastía  
Del gran Pelayo!... el vil abatimiento  
La alma patria del Cid, sacudiría!  
Y si el León dormido  
Del letárgico sueño despertara,  
Su tremebundo y hórrido rugido  
Al universo todo amedrentara!

## II

Despertará, despertará sin duda!  
Una princesa con su blanda mauc  
Será la que sacuda  
La inercia del León: al alto trono  
Que dejaron en mísero abandono  
Su débil padre y su indolente hermano,  
Subió Isabel Primera:  
La gracia y la virtud habían hecho  
Nido de amor en su apacible pecho;  
Y la nación ibera,  
Bajo el áureo cetro victorioso  
De aquella Reina sabia y justiciera,  
Iba pronto á medir lindes tan grandes,  
Que del inmenso océano las olas,  
De Parténope antigua hasta los Andes  
Doquier besaran tierras españolas!

Como al llegar, de adelfas coronada,  
La Primavera sonriente y pura,  
Brotó bajo sus piés las gayas flores  
Que tapizan del bosque la espesura,  
Y cuelgan de los arboles floridos,  
Para abrigar sus plácidos amores  
Las tiernas aves sus calientes nidos,  
Así al subir, con noble gentileza,  
De magestad vestida y de grandeza,  
Al trono secular de sus mayores  
La gran Reina Isabel, con don Fernando  
Su excelso y digno esposo,  
Tornó Castilla á su esplendor glorioso!

Vuelve á empuñar el cetro soberano,  
Cual otros tiempos, la eternal Justicia;  
Y la fulmínea, triunfadora espada,  
Terror y asombro al fero mahometano,  
Fué en las ondas del Tajo retemplada.

Huvó á su aspecto la ávida codicia  
 Y el asqueroso enjambre  
 De cortesanos viles, insolentes,  
 Que esconden en sus senos pestilentes  
 El vicio, el crimen, la miseria, el hambre..!  
 Trémula de ira sacudió en el Orco,  
 De serpientes erizada su melena  
 La triste envidia, y de la atroz venganza,  
 Contra Isabel, rugiendo como hiena  
 Las furias todas del averno lanza!  
 Hirviendo en rabia y sanguinario encono  
 Surgió el horrible espectro de la guerra:  
 El Portugués le lleva de la mano,  
 Ávido de escalar el regio trono  
 Y de regir al pueblo castellano.  
 De luto y llanto se cubrió la tierra:  
 Como tigres, hermano contra hermano  
 Luchaban con satánica osadía;  
 Y viéndolos ¡ay Dios! despedazarse  
 Y en sangre de ellos mismos anegarse,  
 De gozo el agareno sonreía!

La justicia triunfó: la mano fuerte,  
 La proverbial, insolita bravura  
 Del inclito Fernando, que la muerte  
 Lleva en la punta de su invicto acero,  
 Precipitó, del anchuroso Duero  
 En las ondas revueltas, la locura  
 Del ambicioso Alfonso, *el Africano*,  
 Que con su prometida  
 La infeliz doña Juana,  
 Para salvar la vida  
 Abandonó la tierra castellana.

En sus secretos íntimos el cielo  
 Para premiar el ardoroso celo  
 De Isabel y Fernando, los destina  
 A la más grande y estupenda hazaña  
 De levantar á la abatida España  
 De su oprobiosa postración. La encina  
 Sus prepotentes ramas extendiendo  
 En la floresta secular, domina  
 Los árboles gigantes  
 Que en derredor se alzaban arrogantes!

Fernando ciñe á su gloriosa frente  
 Por paternal herencia, la corona  
 Del Reino aragonés: de su valiente  
 Ánimo ensalza y por do quier pregona  
 El clarín de la Fama vocinglero  
 Los nobles rasgos y el ardor guerero.

Bajo de un cetro vigoroso, unidos  
 Una vez más sus indomables brazos  
 Aragón y Castilla entonces vieron:  
 A los reyes, del pueblo tan queridos,  
 Estrechaba el amor con dulces lazos;  
 Y de la gloria el ímpetu sintieron

Sus pechos golpear los españoles,  
 Como al trabajo soñoliento agita  
 La aurora que despierta entre arreboles

Del musulmán la raza altiva y fiera  
 Ha siete siglos que arrastró en el lodo  
 Rota en girones la ínclita bandera  
 De Recaredo el Grande,  
 Que al sucumbir abandonara el Godol  
 Pelayo la levanta!; y una á una,  
 De Astur glorioso á la inmortal Sevilla,  
 Que corona la nítida Giralda,  
 Los cristianos monarcas de Castilla  
 Arrancan á la impía media luna,  
 Como el atleta griego la guirnalda,  
 En lucha atroz, en espantable guerra  
 Las queridas entrañas de su tierra!  
 Mas flota aún la enseña tan odiada  
 En las soberbias torres de Granada!

### III

A debelar el recio baluarte  
 En que resiste atrincherado el moro,  
 Como entre matorrales bravo toro,  
 Levantan en la diestra el estandarte  
 Los reyes de Castilla; y las mesnadas  
 En pos de los invictos caballeros  
 Esgrimen como rayos los aceros  
 Y vuelan azuzadas  
 Por el ardor de gloria  
 A conquistar laureles de victoria.

Mientras Fernando, de alazán nervudo  
 Los hijares solícito espolea,  
 Y al frente de sus tropas, corajudo  
 Cual otro Cid, intrépido guerrea,  
 La Reina de Castilla no descansa;  
 De víveres acopia provisiones,  
 Los rencorosos ánimos amansa  
 Y reconcilia nobles corazones.  
 Que antiguos odios ciegos separaron;  
 El amor de la patria les infunde  
 Su persuasivo labio,  
 Y el entusiasmo en los iberos cunde;  
 Los pueblos á su voz, todos volaron  
 A vengar el agravio  
 Que hace á la fe la media luna impía!  
 De la incansable Reina, que aparece  
 Radiante como Palas,  
 O cual arcángel de argentadas alas,  
 En el bélico estruendo, y que enardece  
 Del soldado el valor con su energía,  
 Los esfuerzos el cielo bendecía!

¡Rindió por fin la indómita Granada  
 Ante los reyes su feroz turbante!  
 Sobre la Alhambra se ostentó triunfante

La enseña de la Cruz enarbolada!  
Una es España yá!: desde Pirene  
A la famosa Gades, todo humilla  
Su frente á los señores de Castilla!  
Una patria, una fe y un trono tiene  
El español, y acrecentar su gloria  
Lleva en su pecho al Dios de la victoria!

## IV

De la campaña el éxito aguardaba  
Un genovés marino  
En el réal de Santa Fe: soñaba  
"A través del océano profundo  
Trazar sobre las ondas un camino  
Que rodéara el círculo del mundo;  
Y navegando rumbo al Occidente  
Tocar los lindes del remoto Oriente!"

Ese hombre era Colón!: su pensamiento  
Génova despreció; y el lusitano  
Monarca y pueblo le trató de insano!.....  
Haraposó y hambriento,  
Fija la mente en su inaudita hazaña,  
Llega á tierra de España,  
Y va á tocar la puerta de un convento,  
Do Fray Juan Pérez, digno franciscano,  
Le estrecha entre sus brazos como amigo,  
Parte con él su pan y le da abrigo:  
¡Ah! su ingenio sutil toca y sondea  
Del gran marino la profunda idea!

Confesor de la reina el religioso,  
En otro tiempo, amigos en la corte  
Conserva aún, y al argonauta envía  
Con letras, que su pecho generoso  
Pintan, y de su alma la hidalgua,  
La crítica mordaz con su escalpelo,  
De Colón el proyecto desentraña,  
Le hace pedazos, desmenuza y troncha  
—Como á la yerva la fatal guadaña—;  
Siembra desconfianza y vil recelo  
En los ánimos....; todo allí respira,  
En derredor del trono,  
Contra el nauta desdén ó vil encono!  
Y todo á detener el noble anhelo  
Del abnegado soñador conspira!  
Pocos alcanzan, pocos, que á aquel hombre  
De tan oscuro y despreciado nombre,  
Es el Dios de los mundos quien le inspira!

¡Ah! tú le comprendiste,  
Magnánima Isabel, en tu alma bella  
Resplandeció, cual la polar estrella,  
La inspiración divina, y acogiste  
Al gran Colón cual madre cariñosa!  
Cuantos estorbos pérfida oponía  
A la empresa gloriosa

La vanidad, la estúpida ignorancia,  
La vil superstición, la cobardía.....  
Supo desbaratarlos tu constancia  
Y el noble celo que en tu pecho ardía

No de las Indias codiciaba el oro  
Ni las fúlgidas perlas orientales  
Tu desprendido corazón: tesoro  
De más rico valer, en lontananza  
Seduce tus miradas maternales  
Cual viva luz de célica esperanza:  
"Llevar la fe de Cristo á las naciones  
Que del inmundo paganismo ciego  
Devora el torpe fuego!  
¡Conquistar para Dios los corazones!"

Por ti trazó el intrépido marino  
Sobre las olas tímidas de Atlante,  
Con la proa cortante  
De carabela frágil, un camino  
Que enlaza de dos mundos el destino  
Por ti tan sólo pudo  
Llevar á cabo la estupenda hazaña  
Que brillantó los timbres del escudo  
Honor y prez del pabellón de España

Y cuando el nauta, cual valiosa ofrenda  
De gratitud, ante tu egregio trono  
Te entregó por joyel un nuevo mundo  
Tú lo aceptaste como dulce prenda  
De cariño profundo,  
Que encomendaba á tu ferviente celo  
De Católica Reina, el alto cielo.

La clara luz del Evangelio santo,  
Más fúlgida que el sol, con que ilumina  
El resplandor de la Verdad divina  
El alma de los míseros mortales,  
Abriéndole horizontes eternos,  
Gracias á tu favor ese hemisferio  
Miró hermosa brillar, cuando gemía  
Bajo oprobioso imperio,  
Triste y abandonado  
Como vil paria, á la cadena atado  
De la procaz y ciega idolatría!

Acatando tus órdenes sumiso  
En alas del amor y celo ardiente  
El apóstol del Mártir del Calvario,  
Tosca cruz en la diestra y un rosario  
Se lanza audaz al nuevo Continente;  
Huella su pie barrancos y montañas  
Erizados de abrojos y alimañas:  
De la alma fe la bienhechora lumbre  
Y del saber, del arte y la cultura  
Las útiles nociones, con blandura,  
Al son de dulce cántiga piadosa  
Derraman en la inmensa muchedumbre

Salvaje y cautelosa,  
De antropófagos fieros  
Idólatras de dioses embusteros.  
Con su sangre benéfica sellaron  
Muchos la santa fe que predicaron!

La esclavitud del indio te estremece,  
Oh Reina generosa!  
Quieres romper sus horribidas cadenas!  
Y si el abuso pérfido guarece  
Su sed de oro y su insaciable saña  
Bajo el amparo tutelar de España,  
Aunque sea Colón, tú le condenas!

A la tierra, que el cielo te ofrecía  
Como blasón espléndido de gloria,  
Prez eterna de tu ínclito reinado,  
Le dió tu corazón cuanto tenía!  
Y en los Andes los siglos han labrado  
Un trofeo inmortal á tu memoria!

Magnánima Isabel, de tu diadema  
Las finísimas perlas que empeñaste  
Para auxiliar al gran Colón, emblema  
Fueron feliz de las que pronto hallaste  
Con estupor profundo,  
Al ver postrado ante tus pies un mundo!

Y cuantas almas de ese mundo gana  
Para la fe divina el cristianismo,  
Arrancadas el fiero gentilismo,  
Son perlas conque el cielo galardona  
A la más grande y digna Soberana,  
Esmaltando con ellas su corona!

Guatemala, 12 de octubre de 1892.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

## MISCELÁNEA.

### ACTAS

DE LA

### JUNTA DIRECTIVA.

*Sesión de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña," celebrada el 28 de agosto de 1892.*

Asistieron los señores: Presidente Chavarría, Vocal Martínez Suárez, Fiscal Jerez, Tesorero García, y Secretarios Gomar y Fonseca.

Se leyó el acta de la sesión anterior, y fué aprobada.

Teniéndose conocimiento de que la "Academia de Ciencias y Bellas Letras,"—coincidiendo con la "Juventud Salvadoreña" en el pensamiento y modo de celebrar el IV centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo,—piensa tratar de otra VELADA con igual objeto, para la fecha misma y en el propio local que nuestra Sociedad ha determinado de antemano, y en vista de la inconveniencia y aun imposibilidad absoluta que hay, desde luego, para la celebración de dos festividades idénticas hasta en sus condiciones de tiempo y localidad, se acordó: invitar, por medio de esta Secretaría, á la honorable "Academia de Ciencias y Bellas Letras" para que, uniéndose con "La Juventud Salvadoreña," organicen de común acuerdo una sola VELADA LÍRICO LITERARIA que, en homenaje á Colón y en conmemoración del descubrimiento de América, deba celebrarse el 12 de octubre próximo en el Coliseo de esta capital.

No habiendo más de que tratar, se levantó la sesión.

*Sesión de la Junta Directiva, celebrada el 6 de septiembre de 1892.*

Concurrieron los señores: Vocal Martínez Suárez, Tesorero García, y Secretarios Gomar y Fonseca.

Se leyó el acta de la sesión anterior, y fué aprobada.

El Secretario Fonseca dió cuenta de la contestación de la "Academia de Ciencias y Bellas Letras" aceptando la invitación hecha por "La Juventud Salvadoreña" para la celebración del IV centenario del descubrimiento de América, según lo determinado en el acta de la sesión anterior.

Se procedió, en consecuencia, al nombramiento de las distintas comisiones que, por la parte correspondiente á nuestra Sociedad, han de organizar la VELADA; quedando

constituidas de la manera siguiente:

*Comisión literaria:*

Fonseca,  
Jerez.

*Comisión lírica:*

Gomar,  
Chavarría.

*Comisión recaudadora:*

Martínez Suárez,  
García.

*Comisión decorativa:*

Bayona,  
Blandón.

Se encareció á las anteriores comisiones abocarse cuanto antes con las nombradas, para el mismo efecto, por parte de la "Academia."

Se designó á los socios Chavarría y Martínez Suárez, para que ocupen la tribuna en la promovida festividad.

El socio Fonseca manifestó haber recibido una POESÍA de la señora doña Vicenta Laparra de la Cerda y un CANTO ÉPICO del Lic. don Juan Fermín Aycinena (corresponsales ambos de "La Juventud Salvadoreña"), para la VELADA de que se trata.

No habiendo más de qué tratar, se levantó la sesión.

*Sesión de la Junta Directiva de "La Juventud Salvadoreña," celebrada el 16 de octubre de 1892.*

Concurrieron los señores: Vocal Martínez Suárez, Fiscal Jerez, Tesorero García, y Secretarios Gomar y Fonseca.

Se leyó el acta de la sesión anterior, y fué aprobada.

Considerando: que el buen éxito de la VELADA celebrada el 12 de los corrientes en honor de Colón, fué debido en mucho á la perfección y

maestría con que llenaron su importante cometido las distinguidas personas á cuyo cargo estaba la ejecución de la parte lírica, se acordó unánimemente: consignar en el acta de esta sesión, en nombre de la Sociedad científico-literaria "La Juventud Salvadoreña," un respetuoso VOTO DE AGRADECIMIENTO á las apreciables señoritas Mérida Urrutia, María Prado, Tránsito Sol, Sara Bouineau, Enriqueta Bonilla y Hortensia Salazar; y á los muy estimables caballeros don Rafael Olmedo, don H. Drews, don Rafael Meany, don Daniel y don Fernando Cruz, don Emilio Ferrer y don Flabio Pineda; lo mismo que al señor don Ramón Soler y Maymó, que con tanta deferencia accedió á recitar la poesía del señor Aycinena.

No habiendo más de qué tratar, se levantó la sesión.

**A última hora**, precisamente la víspera de la VELADA á Colón, y cuando el programa respectivo había circulado ya,—recibimos la hermosa poesía que la señorita Josefa Carrasco, corresponsal en Honduras de "La Juventud Salvadoreña," elaborara y remitiera, por excitativa nuestra, para aquella festividad. Y aunque por lo tarde que la recibimos, se hiciera imposible la recitación de dicha poesía, sentimos verdadero placer en publicarla á continuación de las que se recitaron en la VELADA á que nos hemos referido.

**Con igual gusto**, y por tratarse nada menos que de la gloriosa protectora del Padre de América, agregamos en el presente número la magnífica oda del señor Aycinena, A DOÑA ISABEL LA CATÓLICA.